

VIDAS DE MUJERES ILUSTRES

SOR JUANA INÉS
DE LA CRUZ



477

Industrias Gráficas
SEX Y BARRAL HNS. S.A. EDITORES
BARCELONA



S-19



SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

VIDAS EJEMPLARES

GRANDES HOMBRES

ALEJANDRO MAGNO
CERVANTES
NAPOLEÓN
GONZALO DE CÓRDOBA
(El Gran Capitán)
JAIME I EL CONQUISTADOR
JULIO CÉSAR
CRISTÓBAL COLÓN
STEPHENSON
FRANKLIN
DANTE
EL CID CAMPEADOR
PIZARRO
BOLÍVAR
EDISON
MOZART
MIGUEL ÁNGEL
MURILLO
LUIS PASTEUR
VELÁZQUEZ
SAN FRANCISCO JAVIER
CARLOS I
WAGNER
FERNANDO III EL SANTO
SAN FRANCISCO DE ASÍS
SAN AGUSTÍN
JUAN LUIS VIVES
ALFONSO EL MAGNÁNIMO
ROGER DE FLOR
SAN VICENTE FERRER
RAMÓN Y CAJAL

MUJERES ILUSTRES

ISABEL LA CATÓLICA
SANTA TERESA
D.^a MARÍA DE PACHECO
JUANA DE ARCO
MADAME CURIE
D.^a MARÍA DE MOLINA
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ



Sor Juana Inés de la Cruz (1651 - 1695), obra tardía de un pintor mexicano del siglo XVIII, inspirada seguramente en retratos más antiguos

SOR JUANA

VIDAS DE MUJERES ILUSTRES

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

POR

AGUSTÍN DEL SAZ



Industrias Gráficas
SEIX Y BARRAL HÑOS., S. A.-EDITORES
BARCELONA

1954

ES PROPIEDAD
PRINTED IN SPAIN

Industrias Gráficas Seix y Barral Hnos., S. A. - Calle Provenza, 219 - BARCELONA



SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

I

Confesada y confesor

Alabemos a Dios "de que hubiese hecho una mujer con entendimiento tan profundo, con tal sabiduría y dócil de juicio no obstante."

ANTONIO NÚÑEZ, S. J.

Muchos curiosos atisban en la portalada de San Hipólito un espectáculo notable. Un clérigo — temible y prestigioso — tiende la mano como un mendigo a los transeúntes. Pocos niegan su óbolo. Todos muestran su curiosidad. Él sigue impertérrito su colecta. Los caballeros doblan su saludo ante él, descubiertos con reverencia; las damas descubren su rostro de tapadas para besar las pedigüeñas manos benditas. Estamos en la ciudad virreinal de México. Un mundo ostentoso y cortesano se conmueve a la manera de la corte madrileña de los Austrias. Una estampa fuerte la del clérigo, pidiendo caridad a la puerta del manicomio. ¿Quién es este tonsurado ilustre que, rodeado de reverencia y respetos, mendiga para los locos? En un mundo — donde

tantas riquezas se levantan — gimen también miserias sin cuento. ¿Qué sabio criterio elige entre las varias clases de dolientes criaturas al demente? Un sacerdote, severo y ejemplar, tiene esta predilección por los perturbados en la segunda mitad del siglo XVII cuando el abigarrado mundo de cholitos y conquistadores, de extranjeros y negros estaba fraguando la personalidad mexicana.

No era un clérigo cualquiera, militante de la labor social que corresponde e incumbe al buen religioso. Era un hombre sabio, temido y respetado. No cabía ni la remota posibilidad de que intentase llamar la atención. Sus cargos eran connotados en toda la Nueva España. Era un jesuita ilustre, confesor de virreyes, inflexible Calificador Inquisitorial, Rector del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, Provincial y Prefecto de su Orden. Era el P. Antonio Núñez de Miranda. A través de la biografía que de él nos ha dado el P. Oviedo descubrimos su impresionante personalidad. Había nacido el P. Núñez en Zacatecas — país en que todo lo eran las tierras y las minas — y en él que el hombre adquiría recio temple en su lucha por ellas. En el rincón de Fresnillo, su cuna, el paisaje se prestaba a la rudeza de carácter en su aspecto de alto peñascal. El hombre que allí miraba al cielo comprendía a Dios y adquiría voluntad de asceta. Y el P. Núñez, como sus tierras natales, parecía tallado en piedra berroqueña. Su vida, recta e inflexible era una férrea verticalidad hacia el camino de lo sobrenatural. Su corazón sólo vibró a la sola nota de la religiosidad. No podía ganarle ninguna blandura del mundo y menos sus vanidades insulsas.

Impone recordar esta vida, tan severamente concebida; agobia la dureza que se impuso a sí mismo. Alguien dijo que nunca es más fuerte el hombre que cuando está sólo. Y nada señala mejor el carácter del ilustre religioso que su aislamiento. Lo mismo en sus tierras zapotecas que en el bullicioso México virreinal estaba aislado y no admitía la visita conversadora en su celda. No permitió a nadie la entrada en ella. No sentía curiosidad por la charladera cotidiana. Tampoco necesitaba el consuelo del apoyo a sus opiniones y menos aún el elogio o la alabanza, interesada o sincera. La discusión — exteriorización de nuestra soberbia y vanidad sumas — no la admitía y llevarla al extremo de la Teología repugnaba a su fe. Sin embargo como su autoridad eclesiástica y su austeridad le habían llevado al Santo Tribunal de la Inquisición, allí tuvo que impugnar y definir temas religiosos durante más de treinta años. Como Calificador Inquisitorial era temible por lo inflexible y hasta los otros calificadores retrocedían en sus definiciones ante el juicio rectilíneo del jesuita que jamás se dejó convencer por ninguna razón humana. Ante nadie doblegó tampoco sus divinas verdades. Ni siquiera ante el Virrey, el soberano absoluto de México. Cuenta el P. Oviedo que uno de ellos le tenía un miedo notable. Y en una ocasión la soberanía virreinal no fué obstáculo para que el severo moralista le dijese con toda decisión: "Vuestra Excelencia haga lo que le pareciere; pero yo bien sé que esto es lo que debe hacer, y de no hacerlo así, irá sin remedio a los Infiernos, sin pasar por el Purgatorio". El respetuoso temor virreinal quedaba así confinado a una angustia que

le administraba con la más recta intención el intransigente moralista.

Se había creado el P. Antonio un duro carácter al peso de su vocación. Hasta los menores gestos obedecían a una perfecta observancia de su creencia y de su moral. Por esto se había desligado de todo lazo familiar. Un día le trajeron una carta de un hermano suyo que, fuera de México, se encontraba en una gran necesidad. El P. Antonio disponía de limosnas que estaba encargado de distribuir. La "distribución" era algo que él llevaba minuciosamente, con sagrada equidad. Pero como no admitía el más leve privilegio en el necesitado, se volvió al que le había traído la carta de su hermano y le dijo con toda calma: "Lo que pide aquí mi hermano es una limosna de las que por mi mano se reparten; pero la voluntad de los bienhechores que las hacen es que se repartan a los pobres de esta ciudad, y no fuera de ella; si viviera aquí mi hermano se socorriera". Se había desgarrado de todo concepto humano de familia. En la ciudad de México vivía su propia hermana pero sólo la visitó en trance de muerte. Y, cuando su madre murió, él fué a asistirle. Eran las cinco de la mañana al ocurrir el óbito; pero a las nueve predicaba su sermón en el convento de Jerónimas. Cuantas personas llenaban la iglesia no captaron en él su dolorosa pesadumbre filial. Se limitó el P. Antonio a pedir una oración por "una difunta de su obligación". Su duelo quedó velado y la palabra del predicador fluyó con la entereza de siempre.

Era una fuerte vocación religiosa y esto le hacía desprenderse de toda afección humana. Las frases de sus es-

critos y de sus sermones afirmaban este sentir: "No hay para ti más tierra que tu aposento", "cuida sólo de ti y de lo que está a tu cargo", "no puedes engañarte ni huirte, ni esconderte de ti mismo". Las congregaciones que fundaba o dependían de él tenían también el sello de aquella personalidad vigorosa y ascética. Por más de treinta años fué Prefecto de la Congregación de la Purísima. Los congregantes no se llamaban así sino esclavos de la Virgen o de los Santos. Esta esclavitud — a la que se sometían todos, ricos y pobres, poderosos y miserables — los igualaba bajo la regla institucional y bajo la dura disciplina típica del incorruptible asceta. Un día inopinado quedaban obligados a sacrificarse por cualquier medio como no poder pronunciar una sola palabra o no detenerse si se encontraban unos a otros por la calle o acabar las rencillas pidiéndose perdón o sacrificar tal cantidad o bien en beneficio de los pobres o visitar atacados de enfermedades repugnantes o contagiosas... Él tan entero y tan firme, se humillaba también. El prestigioso Inquisidor y predicador, el severo moralista, daba pruebas de su humildad y no eludía los oficios más serviles de la comunidad. Los sábados barría con los hermanos legos o los martes, aquellas manos tan seguras para firmar sentencias según su recto saber, se reducían a fregar platos en vivos sacrificios que ofrecía a la Santísima Virgen.

Como un religioso debe apartarse de lujos y riquezas, sus atenciones iban a los lugares del dolor y de la miseria. Se acercaba al palacio virreinal y solicitaba dádivas. Pero como la limosna de los poderosos no era suficiente para

atender a tantos desvalidos, no se humillaba de implorar para ellos la caridad pública. Y aquí está el berroqueño sacerdote criollo a la puerta del Asilo de San Hipólito porque si, entre los menesterosos fuese posible destacar a algunos, los locos eran "más pobres y necesitados que los demás".

El clérigo ha interrumpido su postulación. Las campanas le han traído a la memoria que en el convento Jerónimo, le espera una confesada única. El prestigio de la confesada sólo tiene par en el del confesor. "A cual mejor, confesada y confesor", podríamos decir recordando el título de una comedia de santos sobre Santa Teresa y San Juan de la Cruz. El P. Antonio Núñez camina pausado y sorteando abstraído los peligros de la calzada. Fué una virreina, la Marquesa de Mancera, la que le hizo aceptar a aquella penitente que era una niña todavía y brillaba en palacio deslumbrada. Cien ojos se clavaban en ella y un leve temblor amoroso la turbaba. El confesor actuó. Cuando la bella adolescente se hizo monja, el P. Núñez había hecho ostensible su alegría por haber ganado para el matrimonio espiritual una de las almas más finas que había conocido. ¿No se había decepcionado del mundo la muchacha? Pues "el mejor medio de despreciar el mundo era no pisarlo". Y el confesor, gozoso, había costeado la fiesta de la profesión, había invitado a la corte, a los cabildos, a la nobleza y a cuanto significaba algo en la vida virreinal. Él mismo preparó las vísperas e hizo arder las luminarias. El padre espiritual se regocijaba de presentar a Dios aquella alma dotada de tantas bellezas y talentos sobresalientes y que,

por ser pobre y desenvolverse en medios de engañosa luminosidad, corría graves peligros en el mundo difícil y desconcertante de la Nueva España y más graves aún en aquel mar inquieto de la egoísta sociedad de la corte virreinal.

Pero aquella niña que supo dominar recias pasiones amorosas, entre los muros conventuales no pudo vencer su ansia incontenible de saber. En ella era grave enfermedad. Lo que más daña a una mujer — así se decía en la época — era la sabiduría. La adolescente quiso enterrar también esta pasión en la celda de un convento; pero no pudo vencerla. El fracaso de su batalla le haría escribir más tarde: "Sabe Su Majestad que no consiguiendo esto (apartarse del estudio), he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificárselo todo a quien me lo dió, y que no otro motivo me entró en la Religión". El testigo moral de su batalla era el P. Antonio. "Lo sabe en el mundo quien sólo lo debía saber", dice ella. Fué el confesor docto quien la alumbró en esta tentación continuada con sus severas advertencias porque era "mucho ganancia esconder los talentos" si ellos eran obstáculos para su vida religiosa, y porque ella tenía que contener sus naturales afectos a las letras para dedicarse al estudio de la perfección. Brida tensa de aquellos impulsos fué el confesor porque la monjita caía a veces en su deseo de perfección en extremosidades que comprometían su salud. ("Es menester mortificarla para que no se mortifique mucho, yéndola a la mano en sus penitencias, porque no pierda la salud y se inhabilite"... "no corre en la virtud sino vuela".) Había luchado pues la monjita por conseguir su perfección y por

dominar aquella sabia curiosidad de explicarse y conocerse todo. Había sido una dura batalla sin cuartel en la que había habido sus altos y bajos. El confesor la sostenía, justo y caritativo pero severo. Hubo hasta ocasiones críticas de gran gravedad. El P. Antonio le retiró su dirección espiritual algún tiempo. Ella se humilló y, como oveja descarriada, volvió al consejo y el jesuíta volvió a ser el timonel de aquella alma que dirigió desde niña — salvo aquel corto tiempo — hasta su muerte, meses antes que la de la confesada.

¿Quién era aquella confesada, primero niña enferma de amor e insaciable de saber? Los muros del convento jerónimo están a la vista del P. Antonio y la mole roja del monasterio sangra a los últimos rayos del sol poniente. El jesuíta, caudillo invicto de batallas espirituales, adquiere su más grave continente. Su biógrafo nos dejó dicho que el natural de este hombre era alegre y risueño pero que se dominaba y mortificaba para borrar estas frivolidades de su rostro. Ahora iba a continuar una de las grandes batallas de su vida religiosa. Sólo una enigmática sonrisa queda en las comisuras de sus labios. La misma que brilla en sus ojos asomados a los espejos de sus anteojos. El mexicano Chávez — pensando en confesada y confesor — ha dicho: “¿Por qué no recordar que en la naturaleza hay el duro roble y hay la rosa espléndida?”. Ambos son criollos y aman a Dios sobre todas las cosas en una sincera vocación religiosa. También aman al prójimo con suprema caridad. Son vidas paralelas. Ella también se preocupa de los pobres, no en el plano de la caridad inmediata y práctica de él sino

en el elevado intelectual e ideal. No pedirá limosna como el P. Antonio para el pobre emigrante, para el indio infantil o para el esclavo negro; pero pedirá a los virreyes sus libertades y el perdón de sus delincuencias. No pedirá la monja para las misiones o para las construcciones de iglesias pero sabría llenarlas con el bien alegre de sus villancicos amasados con las propias palabras del criollo, del indio y del negro... Porque la monja jerónima es escritora y tiene el don sublime de la poesía. Un clamor de alabanzas llega a su convento. Visitas y cartas llegan al locutorio y a la celda; pero el río de los elogios no la envanece porque el austero consejo del confesionario mantiene la tónica del deber, espinoso para un artista. Es una gloria que corresponde al confesor y que habla alto de la confesada. Los que censuran al confesor por haber sido brida en los impulsos de escritora de la confesada, ignoran que todo el equilibrio de aquella alma femenina procedía de la tensión mantenida por él. Ella era plétora de imaginación en un temperamento restallante de alegría; él sostenía un sobrio concepto del mundo como camino de penitencia. Unos mismos anhelos en ambos pero rutas disparejas. Los dos caminos conducían a la Verdad, a Dios. Si el alma flexible de la poetisa, hecha para músicas y villancicos, tan ávida de saberlo todo, tropezó con el yugo de la severidad, no se malogró sino que se encauzó... Por los claustros jerónimos en hábitos blancos y negros se encierra una gran luminosidad y belleza...

— Ave María Purísima — exclama la recia voz del jesuíta.

La gangosa voz monjil de la tornera, replica su "Sin pecado concebida" al P. Antonio y por las losas conventuales resuenan leves como suspiros las tenues pisadas de Sor Juana Inés de la Cruz.



II

**La niña Juana de Asbaje
en una alquería de la Nueva España**

"Quizá por eso nací donde los rayos solares me mirasen de hito en hito no bizcos como a otras partes."—SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

Hacia la capilla camina la grácil figura de Sor Juana Inés de la Cruz. Sus hermosos ojos morenos tienen la melancolía de los luceros que comienzan a destellar en los cielos del atardecer. Y mientras otea su conciencia en busca del confesor, mira las mismas estrellas que de niña... Y su infancia le desliza suaves recuerdos de sus tierras natales... Allá en la jurisdicción de Chimalhuacán, en la provincia de Chiloe, había una alquería habitada por criollos y de nombre criollo, mitad cristiano, mitad indio: San Miguel Nepantla que es decir en azteca de "en medio" porque lo estaba en un valle poblado entre montañas. ¡Qué montañas y qué serranía! ¡Y qué río torrencial corriendo por aquellas hermosas tierras del Cuátla! Moles inmensas azuladas del Anáhuac, bosques de pinos que conocían milenios, laderas que sabían de guerras feroces de las tribus y que conocieron la invasión de aquellos extraños blancos barbudos que hablaban bello hablar, veneraban al justiciero rey de



España, amaban sus remotas tierras y a un Dios bondadoso que no exigía sacrificios cruentos de seres humanos, aunque Él había sido sacrificado afrentosamente para redimirlos. Todo esto en leyendas era parte de su infancia y las escuchaba la niña ávida de labios indios en hermosas palabras castellanas que la indiada cristiana había aprendido de los heroicos misioneros hispanos, anunciadores de bienandanzas eternas.

En el vagar del recuerdo, la figura del padre, un típico conquistador español. Las palabras castellanas se habían difundido hasta las cumbres. El indio mexicano contaba ya sus tradiciones en español. La niña las oía, como a las glorias del padre, un marino y capitán español de Guipúzcoa que se llamaba D. Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca y que había nacido en Vergara. Las narraciones de la alquería serrana hablaban de las violencias hispanas a que llegaban los barbudos caballeros cuando les enfurecía alguna perversidad. Era entonces cuando lanzaban rayos mortíferos de sus armas y cuando les secundaban unos feroces cuadrúpedos ya pequeños como los de sus furiosas jaurías o ya enormes como aquellos caballos que en sus galopares sembraban el terror en el ánimo más esforzado. Como el capitán Asbaje eran todos los hispanos. En la paz, la palabra ancha y cordial; en la guerra, la crueldad hasta marcar a hierro y fuego. Montañas y valles conocían bienandanzas y malandanzas. Maldiciones y bendiciones en azteca y español... Así se formó el mestizaje y se formó el pueblo mexicano con las sangres y los sentires mezclados como la niña de la alquería de Nepantla, nacida de capitán

español y de madre ya criolla (D.^a Isabel Ramírez de Cantillana había nacido en Ayacapixtla).

La monja jerónima ama aquellos cielos de su patria. En ellos ha aprendido muchas cosas pues ellos y las montañas fueron los primeros libros que Dios le dió abiertos para su noble inteligencia. Y el escenario magnífico de Nepantla resalta grandioso con la grandiosidad de las memorias infantiles imperecederas. La gloria del Sol cae vertical sobre las fecundas tierras y las nevadas moles. Si impresionante es la capa de armiños del Iztaccihuatl, el Popocatepetl arrancaba mil preguntas a la inocente niña cuando lanzaba al viento su penacho de humo como una réplica a las frialdades cimeras... Un volcán en la nieve y abajo la alquería, humilde y apacible, entre las dos violencias de la naturaleza: fuegos y hielos... Pero la alquería es tibia. La familia Asbaje tiene allí su paraíso. Juana es la menor de las niñas y tiene también un hermanito.

Recuerda ella cómo le mostraban la pila parroquial de Amecameca donde fué bautizada y que estaba a cuatro leguas de la alquería; y el aposento en que — un viernes 12 de noviembre de 1651 — había nacido (1). Había oído explicar a su madre que fué el nocturno de San Martín cuando eran las once de la noche y valles, bosques y alturas estaban más estrellados y silenciosos que nunca. Cuántas veces ella había entrado en aquel aposento que, como un anticipo de su destino conventual se denominaba La Celda. Los dimes y

(1) Estos datos del P. Calleja (el "protobiógrafo" de Sor Juana, como lo llamó José M.^a Pemán en la sesión académica del Centenario) han sido impugnados por Alberto G. Salcedo y Guillermo Ramírez España y han abierto eruditas discusiones entre Méndez Plancarte y el gran escritor Alfonso Junco.

directes campesinos, los problemas aldeanos de la alquería no fueron bastantes para que ella dejase de mirar angustiada de interrogaciones desde aquellos valles oprimidos por el estallido de las fuerzas libres de la naturaleza, el mundo de luces de la noche. Recordaba sus miedos y su imaginación rodando por tanta gigantesca presencia. Ansió desde niña interpretarlo todo, comprenderlo todo, lo presente y lo futuro. Fueron las cumbres las que habían despertado aquella insaciable hambre de conocimiento que no la abandonaría jamás. Por eso escribía en versos de su madurez:

*Inclinéme a los estudios,
desde mis primeros años,
con tan ardientes desvelos,
con tan ansiosos cuidados,
que reduje a tiempo breve
fatigas de mucho espacio.*

¡Cómo veíase ahora obligada a confesar que “desde que rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa su inclinación a las letras”! ¡Cómo tenía ahora, en sus dolientes y graves prosas de humildad religiosa, que declarar aquel incontenible “natural impulso”! Ya adivina desde sus claustros, como en la Hacienda de Labor de sus valles, abrirse el cielo ardiente de estrellas y resplandeciente de Luna como un homenaje cristiano a los diamantes que forman la Cruz del Sur en los cielos. La salud de Sor Juana Inés es frágil. Ya de niña la habían enfermado pensamientos grandiosos como aquellos escenarios colosales. Acuciada

su infancia por la curiosidad, su impaciencia no tuvo espera por aprender. ¿Cuál fué aquella su primera gran diablura? Su hermana mayor iba a aprender a la “Amiga”, la insignificante escuela de Amecameca, y ella, la pequeña Juana, fingiendo órdenes maternas, pidió a la maestra que la enseñase. La famosa carta autobiográfica de sus últimos años recuerda la feliz aventura. Sus padres no sabían nada. La maestra aceptó “por complacer el donaire” pero, en poco tiempo la improvisada alumna sabía leer y apenas tenía tres años. Recordaba ahora la agradable sorpresa de sus padres y cómo la recompensaron a ella y a la escondida maestra por la tan grata como inesperada nueva. Qué días más felices en sus insaciables lecturas infantiles. La gracia de su inteligencia alegró a sus padres; pero también desazonó a su madre. Aquella incontenible inclinación a los estudios no era propia de las niñas de su época a quienes las labores esperaban tempranamente.

Sí, el saber había sido su verdadera pasión en la que había llegado a extremosidades impropias de sus pocos años. El queso era uno de los manjares favoritos de los niños de aquellas alquerías pero como ella había oído decir que entorpecía las inteligencias, dejó de comerlo aunque le gustaba (“me abstenía de comer queso porque oí decir que hacía rudos y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer”). Se afanaba en leer los libros reunidos por los abuelos en la alquería pero su madre llegaba incluso a castigarla pues no quería que su hija se convirtiera en una bachillera. ¡Pobre madre que sólo pensaba en que ella supiese de costura y bordados!

Pensaba ahora cuánto había deseado venir a este México, capital del opulento virreinato. ¡Qué lejos se veía ella de él cuando sólo la separaban doce leguas (60 kilómetros a vuelo de pájaro)! ¡Allá quedaban aquellos valles naturales con su prestigio de infancia dichosa! ¡Cuánto había soñado de niña con aquellos mágicos nombres de maestros y colegios famosos de México! Ahora, pasados tantos años, daba la razón a su madre que le negaba el permiso para que fuese a aquel paraíso de las ciencias. La Universidad le había subyugado siempre. ¡Cuántas cosas que investigar y llegar con la Teología al conocimiento de Dios, tan presente en aquellos valles y sierras! ¡Qué locura la de la niña Juana que a los seis o siete años se atrevió a importunar a su madre para que la enviase con unos parientes llegando en sus impúdicas quejas al extremo de decir que se disfrazaría de hombre porque en la docta casa no admitían mujeres!... ¡Ahora ella comprendía por qué la enérgica negación de su madre! Era cuando sólo los hombres tenían libertades y, por esto, algunas mujeres no habían podido frenar sus incontenibles impulsos y habían llegado a vestirse de hombres. En la literatura se recordaban muy notables ejemplos de las que corrían tras sus ideales con traje de varón. Así se recordaban en su siglo a las heroínas casi niñas de Cervantes. Pero además existían los ejemplos reales. Cercano en el recuerdo estaba el caso de la Monja Alférez (D.^a Catalina de Erauso, muerta en 1635), monja dominica que impulsada por su ansia heroica de aventuras, dejó su hábito por el traje de soldado y su patria por las tierras peruanas donde consiguió su

grado militar en las batallas. Herida en una de ellas, quedó descubierta su condición femenina. Juana no había llegado en su amor a la sabiduría a vestir manteos de estudiante pero había realizado aquel sueño infantil de ir a aprender a México.

Ya había alcanzado de niña la fama de poetisa en sus valles. A los ocho años, en una fiesta de su parroquia de Amecameca con una Loa al Santísimo Sacramento había obtenido el más preciado galardón: un libro. Versos y libros que iban a llenar su vida entera. Fué en 1660 cuando, con un abuelo suyo, consiguió ir a México. En el bufete de la vivienda encontró más libros que la ilustrasen. Aquel abuelo sería recordado siempre como el anciano que abrió a su avidéz el saber de las fuentes de la capital de la Nueva España. Fué el que la asistió en la ciudad en aquella ansia jamás satisfecha de verlo y estudiarlo todo. Ahora que en la celda de su convento tenía tantos libros le venían a la memoria los primeros que leyó en su alquería y en el bufete del abuelo. Dios le había obsequiado también una buena memoria y recordaba sus lecturas. Recordaba su soberbia juvenil al saberse en posesión de noticias librescas que muchos hombres que pasaban por sabios ignoraban. Sus versos empezaban a ser conocidos y su saber maravillaba a sus maestros porque había conseguido tenerlo, porque entonces sólo había maestras de bordados y labores pero no de ciencias y letras superiores. Estos conocimientos sólo los hombres los tenían y transmitían. Ella había conocido ejemplos de familias hidalgas que daban maestros a sus jóvenes hijas y ellos llegaban al extremo de enamorarlas aunque la edad

fuese discordante. Como San Jerónimo, Sor Juana Inés se lamentaba de ello. Ya se había lamentado de niña. Pero consiguió ablandar al abuelo para que la permitiese recibir lecciones para adquirir una preparación. Ella advierte que no llegaron a veinte las lecciones que recibió de Gramática. El bachiller Martín de Oliva testificó que le había dado diez lecciones de Latín. Como en su alquería, la adolescente llegaba a sacrificios para aprender. Como las demás niñas, consideraba sus hermosos cabellos castaños como su adorno mejor. Pero ante el saber los sacrificaba. Se cortaba tres o cuatro dedos y volvíaselos a cortar cuando crecían si no había llegado a adquirir tal o cual conocimiento. ¿Qué otra muchacha lo hubiera hecho? Ahora su vocación religiosa había extirpado sus cabellos en definitivo sacrificio.

Su corazón los ofrecía ahora a Dios. Sus vanidades de niña estaban supeditadas a su saber como fin primordial de sus gustos y aficiones. Así fué también en su adolescencia como en su madurez. Ante todo ponía penas a su "rudeza". Más apetecido adorno que los cabellos era el saber ("No me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias"). Pero, ¿qué pronto habían pasado los años! Había aumentado sus saberes pero ¿cuánto vacío aún! Y eso que las gentes de toda Hispania celebraban sus talentos y sus versos... Y la madre Juana Inés recordaba aquella lucha infatigable por el saber... Ella procedía de tierras de nieves y volcanes, era alegre y ávida de conocerlo todo; ahora le esperaba su confesor, hombre de tierras secas y de minas, cuyos consejos iban a frenar su imaginación y darle un equilibrio maravi-

lloso... Los pensares de Sor Juana Inés se adentran en su conciencia... Sus dedos ducales buscan ahora el cuenco del agua bendita en la suave obscuridad de la iglesia... Cruz de agua en su frente penitencial aplaca con su fría humedad la imaginación que era torrente desde la infancia... El P. Antonio Núñez espera en el confesionario lleno de caridad... El alma de la monja poetisa adquiere su equilibrio mejor.

Una hermosa adolescente en la corte virreinal

"Sin necesidad de dar asenso a ridículas invenciones románticas ni forjar novela alguna ofensiva a su decoro, difícil era que con tales condiciones dejase de amar y ser amada mientras vivió en el siglo."—
MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

Humillada ante el confesionario Sor Juana Inés de la Cruz hace confesión general de su vida que se desgrana ante el P. Antonio en un lento y prolongado sentir... Había sido una figura del mundo virreinal. Nacida bajo el virreinato del conde de Alba de Liste, llegado a México en 1650, aun hubo tres virreyes antes de que gobernase el marqués de Mancera que empezó su soberanía en 1664 y fué uno de los más ilustres como protector de los escritores y por su caridad con los desvalidos, indios y negros, a más de haberse terminado la catedral de México bajo su mandato. Cuando llegó este soberano, la niña Asbaje sólo tenía trece años pero su nombre popular llegó a los oídos de los Virreyes (él D. Sebastián de Toledo; ella D.^a Leonor de Carreto).

El marqués de Mancera quiso conocer a aquella niña y su esposa D.^a Leonor le tomó gran cariño. La familia

Aquí acaba seade Anora el Día de mi Muerte me
Yo Amo, suplico Por Amor de Dios Y de su Reina
a mis Amadas heras Las Religiosas q son, Y en lo de Hde
Santefuerza me encomiendan a Dios q erido Yo si Supiera
Yo q Hido. atoda Vida Les don. Juana Inés de
Por Amor de Dios Y de My La Espua
del Morde La Cruz

Facsimil de la letra y firma de Sor Juana Inés de la Cruz

PIEL COPIA
DE LA M. JUANA INÉS DE LA CRUZ. Mujer admirable por las Ciencias,
Facultades y Artes y varios Idiomas que poseó perfectamente. Celebre y famosa en el Coro
de las mayores y excelentes Letras Latinas, y Castellanas de el Orbe; a quien con raxon se le da
el epitheto de MUSA DE CIMA por su singular y egregio Numen: Feux de la America por
su desempeño de su Sexo: honra de la Nacion de este Nuevo Mundo: y Argumento de las ad-
miraciones y elogios de sus Alumnos: Nació alas on e de la Noche del día doce de Noviembre
de el año de 1651. En una Pieza llamada la Celda de la Hacienda de Labor nombrada
Miguel Nepantla Jurisdiccion de Chimalhuacan Prov.^a de Chulucua distante 13 leguas de Mexico: Fue criada su For-
dura el Capitan D. Pedro Aluise y Bargas Machuca y Doña Juana Ramirez vecina de la ciudad Jurisdiccion
de esta fue conuada por Don Juan Ramirez por q asi firmaba) Tomo el Habito de Religiosa en el Cono de el Excmo D. de la
Iglesia Gerónimo de esta Ciudad de Mex.^o 23 de Feb. de 1668. a la V. de su edad habiendo antes florecido en su Virreynia
en el R. Palacio de los Virreyes de esta Nueva España Marqués de Mancera, sus Protectores.
Recibió el Oelo de professa gobernandola el Illmo. y Excmo. D. Fr. Pavo Enriquez de Rivera Es-
cibispo Virrey de ella, día de S. Mathias a 24 de Febrero de 1669. Exercito con aclamacion continuas
demonstraciones de su gran Sabiduria y el empleo de Contadora de su Cono por espacio de 2 años
desempeñandole con varias heráticas operaciones y las de su gobierno en el Archivo. Escribio elevadas
romas Poemas Latinas Castellanos Mexicanos y en otros Idiomas como consta de sus Obras recogidas
3 Tomos q se ven impresos: bien q no todas se lograron por su modesto desuido (de q es una el Donelo q he-
a la Esperanza y se copia arriba) Murio con Religiosas exemplares demostraciones de Catholice-
y Religiosa manifestando el Acerto mayor de su elevado ingenio en haber morir a las 4 de la mañana
del día 17 de Abril de el año de 1698. habiendo vivido 47 años y meses 9 dias y 8 horas.

Leyenda del retrato de Sor Juana Inés de la Cruz, conservado en el
Museo Provincial de Toledo



Asbaje "rígida y recogida" celebraron esta protección. Con ella no sólo se envanecían — cosa humanamente explicable — sino que consideraban a la muchacha más defendida de las acechanzas que su talento y hermosura despertaban. Fué probablemente en las fiestas navideñas de 1664 a 1665 cuando fué recibida en Palacio. Su discreción, su hermosura y sus versos ganaron el corazón de aquellos magnates. La virreina la nombró su dama de honor y la presentó con "el título de muy querida".

Sus verdes años brillaron en aquella corte de costumbres galantes y alto nivel social, imagen real de la madrileña de Felipe IV. Afable e ingeniosa, la niña ganaba todas las voluntades. Sus versos, elogiados por los virreyes, le daban fama rápida. Cuando el 15 de septiembre de 1665 murió el rey Felipe, un soneto suyo se hizo muy célebre en la Nueva España ("Oh, cuán frágil se muestra el ser humano — en los últimos términos fatales"). La inquietante y tímida personalidad de Carlos II iba a presidir desde la Metrópoli Hispana, la vida de Juana de Asbaje. Su paso de niña a mujer fué deslumbrante. Su fama contribuyó a exaltar sus encantos físicos. Cuatro años — salvo tres meses de primer encierro conventual — fueron los de su experiencia cortesana. Biografías y retratos atestiguan que fué una adolescente bellísima. Los que conservamos — siendo ya monja — nos lo acreditan.

Bien proporcionada de altura, fina y esbelta. Su rostro de gran hermosura y en el encanto de su óvalo lucían unos bellos y claros ojos castaños, almendrados en su trazo, llenos de melancolía y espiritualidad en una frente despe-

jada y nobilísima. La nariz recta y fina como los arcos perfilados de las pestañas y una gran delicadeza de expresión sonreía en las comisuras de sus labios y en el mentón gracioso. Cualquier vestido de corte vendría bien a aquella silueta delicadísima e infantil en la que las manos, señoriales y elegantes, eran el mejor adorno y la más valiosa de sus joyas. Una gran personalidad señoreaba en el brillante y armonioso conjunto juvenil. Su palabra, como su natural blando y afable y su cadencia en el decir, hermo-seaban aún más la elegancia de sus movimientos, la hermosura de sus cabellos castaños y de su dulce mirar. ¡Qué impresión produciría su esplendor virginal en la barroca corte mexicana como dama favorita de la virreina!

Criollos de prosapia y bien ganados prestigios en la Nueva España, caballeros llegados de Madrid y con lauros en las campañas de Europa, cortesanos engraidos, ¿cómo no mirarían con codicia aquel talle primerizo y cómo no contemplarían aquella gentil belleza de ojos curiosos y profundos y de suaves labios que decían cálidos versos! Su buen tono, su dignidad, su discreto y tímido bien decir, cautivaban también a los sesudos varones con su ingenua bondad. Pero, además, ¿no hemos de suponerla simpática con el valor que hoy tiene este adjetivo? ¿No se nos muestra comunicativa y expansiva en su obra? ¿Cómo no había de serla su conversación, espejo de sus lecturas y pensamientos!

Porque fué muy atractiva, los donjuanes, los frívolos coleccionistas de amores, los violentadores de sentimientos novicios merodearon en enconada rivalidad, en torno a los encantos quinceañeros del sencillo corazón de la muchacha

de Nepantla... Y la galantería cortesana ganó aquel corazón para el amor humano. Bajo los nombres poéticos de Fabio, Celio, Silvio o Lizardo quedó el misterio amoroso de su adolescencia. Y sin prevenirla, astuto y tirano, "con capa de cortesano", el galán ganó el amor de la poetisa suspendiéndole los ojos y salteándole los oídos. Entró en su corazón con "disfraz engañoso" para traidoramente mostrarse furioso, tomando armas, matando los defensores y poniendo fuego a "toda el alma"... Y los sentidos de la ingenua serrana quedaron prisioneros y angustiados, sin correspondencia:

*Porque el de ser desamada
será lance tan violento,
que la fuerza del tormento
llegue, aun pintada, a sentir
que el dolor sabe infundir
almas para el sentimiento.*

Y el temor pesimista del bien deseado y confesado ("De este cuerpo eres el alma — y eres cuerpo de esta sombra").

Con qué angustiada esperanza muestra ella la ausencia como en aquellas estancias "que expresan sentimientos de ausente":

*Amado dueño mío,
escucha un rato mis cansadas quejas,
pues del viento las fío
que, breve, las conduzca a tus orejas,
si no se desvanecce el triste acento,
como mis esperanzas, en el viento.*

Qué noble pasión la de Juana Inés cuando se hace paradoja ("óyeme con los ojos"), y desarrolla un proceso lógico de condicionales: "si del campo te agradas", "si el arroyo parlero — ves galán...", si "tortola gemidora" en ramo verde, si flor delicada, si peña, si ciervo herido, si liebre huye de los galgos... tal su esperanza:

*Si ves el cielo claro,
tal es la sencillez del alma mía;
y si, de luz avaro,
de tinieblas emboza el claro día,
es con su obscuridad y su inclemencia
imagen de mi vida en esta ausencia.*

Cuánta ternura en el "dulce encanto" del ser amado y la necesidad de verlo: "¿Cuándo veré tus ojos?", "¿Cuándo tu voz herirá mis oídos...?", "¿Cuándo tu luz hermosa — revestirá de gloria mis sentidos...?" y cierra el poema amoroso con una deprecación:

*Ven, pues, mi prenda amada;
que ya fallece mi cansada vida
de esta ausencia pesada;
ven, pues, que mientras tarda tu venida,
aunque me cueste su verdor enojos,
regaré mi esperanza con mis ojos.*

El tema del gran poema de amor que encierran estas estancias pudiera resumirse en aquella paradoja de la poetisa: "¡Qué tanto ha de penar quien goza tanto!"

En el soneto sus sentimientos amorosos encontraron cauce. Recelo y celo, contrariedad y desilusión, duda, desamor y siempre pasión. ¡Qué ejemplo nos da su excelente musa amorosa con aquellos sonetos como aquel "en que satisface su recelo con la retórica del llanto" en que la poetisa hubiera deseado que se le viese el corazón!

*Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.*

*Y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía,
pues, entre el llanto que el dolor vertía
el corazón, deshecho, destilaba.*

*Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos:
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.*

Y aun en otro soneto magnífico nos muestra la situación de ánimo perturbado por un amor imposible de realizar y de desarraigar al mismo tiempo:

*Yo no puedo tenerte, ni dejarte;
ni sé por qué al dejarte, o al tenerte,
se encuentra un no sé qué, para quererte,
y muchos sí sé qué, para olvidarte.*

*Pues ni quieres dejarme, ni enmendarte,
yo templaré mi corazón, de suerte
que la mitad se incline a aborrecerte
aunque la otra mitad se incline a amarte.*

*Si ello es fuerza querernos, haya modo;
que es morir el estar siempre riñendo;
no se hable más en celo ni en sospecha
y quien da la mitad, no quiera el todo,
que, cuando me la estás, allá, haciendo,
sabe que estoy haciendo la desecha.*

Todo tan bien sentido como en aquel otro soneto con estado de disquisición y duda pasional cuyos cuartetos dicen:

*Amor empieza por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos;
crece con riesgos, lances y recelos;
susténtase de llantos y de ruego;
doctrínale tibiezas y despego;
conserva el ser, entre engañosos velos,
hasta que, con agravios o con celos,
apaga con sus lágrimas su fuego.*

Y, como en la duda amorosa, podían jugar papel los celos del galán, Juana Inés sale al paso de ellos con unas estancias en que se vale de execraciones para mostrar su firmeza y sinceridad como en la siguiente:

*Si a otro, alegre, he mirado,
nunca alegre me mires, ni te vea;
si le hablé con agrado,
eterno desagrado en ti posea;
y si otro amor inquieta mi sentido,
¡sáquesme el alma tú, que mi alma has sido!*

Pero el favorecido galán no estuvo a la altura del amanecer amoroso del alma de la muchacha de Nepantla: "sólo es bastante pena confesarlo, — dice otro soneto — cuando mi error y tu vileza veo". No la comprendió. Para él sólo se trataba de satisfacer una vanidad. Y esta debió ser la tragedia íntima de la dama de honor de la virreina. No, no ser correspondida; sino no serlo en la medida, en la alteza deseada. La adolescente decepcionada haría a su musa amorosa estremecerse en elegía. Su alma tan esencial, tan puramente amorosa sólo encontró una detestable respuesta sensual. ¿Quién sería él? ¿Alguno de aquellos bravos guerreros tan combativos siempre, tan ansiosos de inmediatas realidades y tan apasionados de la aventura? ¿Un caballero noble y muy considerado en palacio que miraría como a inferior a la hidalga sin caudales? ¿El que desdeñado una vez por su honestidad o herido su amor propio a la primera intención, ya no le interesó insistir porque no la amaba sino simplemente la deseaba como un trofeo de vanidad? Sus amorosas quejas fueron bastante explícitas. El paisaje de fuego y nieve que había conocido cuando su nacimiento, la acompañaba ahora en México en las almas. En ella estuvo la pasión, el fuego de los volca-



nes nobilísimos; en él la frialdad torturante de las nieves cimera. De aquí la decepcionadora tortura de algunos de sus poemas — romances y endechas — donde como en ciertas décimas leemos: “que en llegando a poseída — también serás desdichada” y “que es sin razón — que sirva tu perfección — de triunfo a su vanidad”. ¡Mala la ausencia del favor amoroso; peor la presencia y el favor! Y Juana Inés venció con el alma destrozada, su pasión amorosa y pudo llamar al vencedor “vencido de mi constancia”; y, al referirse a los vanos deseos que tuvo de ofenderla, gritarle que nunca hubo entrega, “que conseguiste matarme — mas no pudiste vencerme”. Su poesía siempre tuvo esta elegíaca obsesión de los amores bastardos que le habían salido al paso en su adolescencia en la corte: como en aquel romance en que “expresa los afectos del Amor Divino”:

*Yo me acuerdo, (¡oh, nunca fuera!)
que he querido en otro tiempo,
lo que pasó de locura
y lo que excedió de extremo;
mas, como era amor bastardo,
y de contrarios conceptos,
fué fácil desvanecerse
de achaques de su ser mesmo.*

En su comedia “Los empeños de una casa” volverá a referirse a estos frívolos galanes de palacio, ahora jovialmente, sin amargura. Son los “cuatro mil lindos”, los donjuanescos galanes que siguen a cualquier figura de mujer, sólo por la traza y por lo que ellos se figuran bello:

*... a salga lo que saliere,
y que a bulto se amartelan
no de belleza que es,
sino de lo que ellos piensan...*

Así en la comedia el vano Don Pedro, galán de corte virreinal, se enfrenta con el criado Castaño disfrazado de dama en una divertida travesura escénica, en que se burla de los hombres, incluso del que quiso, al que dedicó sonetos de decepción (“Silvio, yo te aborrezco y aun condeno” o “Dices que yo te olvido, Celio, y mientes”).

Pero Juana Inés había podido elegir y también se sentía asediada de la pasión sincera. Muchos galanteadores rivalizaron en solicitar su mano en matrimonio. Varias composiciones hacen alusión a estos galanes fervorosos y en ellas muestra enfado porque la quiera el que es aborrecido (“Que no me quiera Fabio al verse amado...”); pero ninguna superará aquel magistral soneto que tan bien retrata el estado de ánimo de la muchacha solicitada y rodeada de galanes pero sola y sin correspondencia en su sincero amor:

*Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.
Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata
y mato a quien me quiere ver triunfante.*

*Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pundonor enojo;
de entrambos modos infeliz me veo;
pero yo por mejor partido escojo
de quien no quiero ser violento empleo
que de quien no me quiere vil despojo.*

Ante la incompreensión que encontró en la corte virreinal, lanzó aquellas popularísimas redondillas en que muestra su genio de ligereza en la expresión de la decepción que ha sufrido. La gracia del retruécano y cierta melancólica travesura hacen deliciosos los conocidísimos octosílabos:

*Hombres necios que acusáis
a la mujer, sin razón,
sin ver que soís la ocasión
de lo mismo que culpáis.*

*Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?*

*Combatís su resistencia,
y luego con gravedad
decís que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.*

*Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.*

*Queréis con presunción necia,
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión Lucrecia.*

*¿Qué humor puede haber más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?*

.....

*¿Pues para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
o hacedlas cual las buscáis.*

*Dejad de solicitar;
y después con más razón
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.*

*Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.*

¿Fueron “decepciones o amores imposibles” los que la llevaron al convento? Luis González Obregón los cita como una de las “causas misteriosas” de su determinación. Desde luego, de su poesía amorosa, podemos decir con el maestro Menéndez Pelayo que son los versos profanos “más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer”. Como el



romance "ausencia" que, según él mismo, "debiera llamarse de "la despedida".

De ellos quedarán siempre poemas como el soneto que es una cumbre del tema:

*Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo...*

*Si al imán de tus gracias, atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras, lisonjero,
si has de burlarme luego, fugitivo?*

*Mas blasonar no puedes, satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho,
si te labra prisión mi fantasía.*

El vendaval del amor humano agitó a la delicada adolescente de Nepantla. La gran agonía de ese mar inquieto y aquietador la estremeció. Bien pudo decir en aquellas rondallas: "siento una grave agonía — por lograr un devaneo" y hablar de dudas, de celos y de contradicciones que, como ella dijo, "aquél que tuviere amor — entenderá lo que digo". La inquietud amorosa llegará a la paz aquietadora del convento jerónimo. El palacio virreinal — donde había sido "desgraciada por discreta y perseguida por

hermosa" — se borraba con los amores de su vida para siempre. Sólo las personas virreinales, los cortesanos — contertulios discretos de la hora apacible de las visitas en el locutorio —, le traerían recuerdos de las estancias palaciegas donde, entre cortinas, luces y flores, quedaba el breve capítulo de los cuatro años de su vida en el siglo. Todas las vanidades terrenales de la joven dama de honor de la Virreina habían quedado desvanecidas.



IV

El convento jerónimo

"El convento de las Reverendas de San Gerónimo de la imperial ciudad de México fué el Mar Pacífico en que para ser peregrina (*se alude a valiosa perla de la Corona de España*) se encerró a crecer esta perla." — P. DIEGO CALLEJA, S. J.

Tan sensible y tan pura, tan débil ante los embates de los egoísmos sociales, Juana de Asbaje renunció al mar inquieto y tempestuoso de la corte virreinal mexicana y encaminó sus afecciones hacia el amor perfecto. Quien tanto quería saber de la naturaleza y de la vida, quien tanto había mirado inquisitiva a los cielos inmensos, quien estaba ansiosa de amores profundos, quien quería investigar las causas últimas de todo, llegó a Dios por su inteligencia y su pasión. Así fué su vocación religiosa, una llama de hermosuras que quería manifestarse por la fuerza de la más noble pasión, la divina. Y, sin duda, fué encauzada por su confesor que quizá se lo rogó repetidas veces. El P. Antonio Núñez de Miranda la protegió espiritualmente y la amparó bajo los mantos conventuales. Así Juana de Asbaje no llegó a brillar en la corte ni siquiera un lustro. La que había asombrado con su saber a los doctos y con su belleza a los

jóvenes, la que había hecho vibrar con sus versos los pechos sensibles — quizá sensibleros — en las frívolas veladas palatinas, desapareció del mundo y entró en un convento. Su corazón apasionado buscaba ahora la paz y el mar aquietador de la vida religiosa. Su carácter tenía parentesco con Santa Teresa de Jesús; su corazón apasionado y sencillo, también. En el convento de San José de las Madres Carmelitas Descalzas de México, profesó antes de los dieciséis años de edad, el domingo día 14 de agosto de 1667. En el Registro de Profesiones dice lacónicamente: "Recibióse para religiosa corista a Sor Juana Inés de la Cruz". Recibió el hábito del P. Capellán Rvdo. Juan de la Vega y honraron el acto con su presencia los virreyes marqueses de Mancera. Flor delicada de corte, enfermó gravemente ("la tijera mortal abierta vi", decía en un soneto que dirigió a la Virreina, ya convaleciente) bajo las austeras reglas carmelitanas reformadas. Su salud fué tan precaria que su noviciado sólo duró tres meses. Su estancia en los fríos e inhóspitos recintos conventuales se había hecho tan insostenible que ni siquiera llegó a profesar. Salió al siglo nuevamente en busca de su salud que se había quebrantado. Y volvió a asomarse a la corte virreinal. Su sabiduría se había hecho proverbial en el pueblo y corte de México. Fué entonces, cuando el virrey marqués de Mancera por la seguridad que tenía en su saber, la sometió a una dura prueba. Citó a los hombres de la Nueva España que más fama tenían en las Ciencias y en las Letras y los congregó en su palacio en torno a Juana Inés. Ellos iban a comprobar si realmente era tan sabia como decían. Y la sometie-

ron a un verdadero interrogatorio. Fué un examen minucioso y agobiador para cualquiera que tuvo lugar en el año de 1668 cuando ella aun no tenía diecisiete años. Quedó airosa, tal vez brillantemente airosa de la prueba. Sus examinadores quedaron maravillados y ella, según luego comentaba con naturalidad, "había quedado con la poca satisfacción de sí, que si en la maestra hubiera labrado con más curiosidad el filete de una vainica". A cuarenta se hace subir el número de los hombres sabios que la interrogaron, sin duda pensando ellos también lucir sus conocimientos ante la corte. Muchos de ellos eran maestros de la Universidad y otros, si no eran profesionales del saber, eran los llamados "tertulios", hombres famosos por su ingenio y su hablar y que eran temibles omniscientes. La gratisima impresión que de los conocimientos de Juana Inés sacó el Virrey, después del interrogatorio, superó a la admiración que todos experimentaron. Habiendo regresado a España, pasados los años, se sentía impresionado y recordaba el episodio que había preparado y presenciado. Y establecía una comparación digna de las preocupaciones de un virrey en América: "A la manera como un galeón real se defendería de las pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, cada uno de su clase, le propusieron." Pero este triunfo y rápido fulgor de su saber, en su nuevo paso por la corte, no disminuyeron su desilusión. Había una incompatibilidad evidente entre su alma y los hombres y las mujeres de su siglo en el México del Seiscientos. La sima abierta entre ella y ellos era infranqueable.

Restaurada su salud, después de estar en el siglo otros quince meses, volvió de nuevó la vista a los claustros que la atraían a la meditación y al estudio. Y Juana de Asbaje (se ha dicho muchas veces que se firmaba con el apellido Ramírez de su madre y se señalan motivos familiares para esta predilección, aunque también se asegura que lo hacía para afirmar su criollismo ya que por esta rama era de madre nacida en México) volvió a recluirse — ahora para siempre — en un convento. El P. Calleja ha razonado la vocación religiosa de Juana Inés ("la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no hay necio que no quiera echar un borrón") y ha asegurado que buscó la clausura y servir a Dios "sin haber jamás amagado su pensamiento a dar oídos a las licencias de matrimonio, quizá persuadida en secreto la americana fénix a que era imposible este lazo en quien no podía hallar paz en el mundo". Pero oigamos las propias razones de Juana Inés: "Entréme religiosa porque, aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de seguridad — que deseaba — de mi salvación; a cuyo primer respeto, como al fin más importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencillas de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que desembarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación,

hasta que, alumbrándome personas doctas de que era tentación, la vencí con el favor divino y tomé el estado que tan dignamente tengo." He aquí, pues, explicadas — en página de los finales de su vida — las causas de su profesión religiosa y cómo personas doctas, indudablemente su director espiritual el P. Núñez, la habían conducido al puerto quietador de la vida religiosa.

Ahora la Orden de San Jerónimo fué la elegida. No podía tener mejor modelo ni en la santidad de vida ni en la sabiduría que el glorioso escriturario y doctor de la Iglesia Latina que en los finales del siglo IV y principios del V había asombrado al mundo con su santa vida y con aquélla su ingente tarea bíblica de la "Vulgata". Ningún patrono mejor para Juana Inés. Y en el convento de las Jerónimas de México — un hermoso edificio, una mole roja de pequeñas ventanas y una pequeña iglesia con torre redonda de dos cuerpos y con jardines, todo amparado por altos muros — pasaría Juana Inés de Asbaje los mejores años de su vida y allí realizaría lo más denso de su obra, esas hermosas páginas literarias con las que su nombre daría fama a la literatura de México y de España. El monasterio jerónimo — luego Santa Teresa de la Antigua — era un importante centro social y cultural cuya sala de visitas honraban los más selectos nombres de la Nueva España, empezando por los de los virreyes. Estaba bajo la dependencia de los padres agustinos y, según parece, una de las condiciones para entrar en él era la de ser criolla, nacida en la Nueva España, la novicia. Como han reconocido ilustres escritores americanos la Iglesia Española realizaba

la creación de las nuevas nacionalidades hispanoamericanas y el haber nacido en tierras americanas era — incluso bajo los Virreyes de España — o empezaba a ser un privilegio de nación. En este monasterio situado al sur de la capital mexicana y en uno de sus extremos profesó Juana Inés, el día 24 de febrero de 1669 a los diecisiete años de su edad. Ahora ya no saldría más de su convento. Recibió el velo del canónigo D. Antonio de Cárdenas y Salazar, bajo el gobierno eclesiástico de Fray Payo de Rivera, obispo de Guatemala, arzobispo electo de México y después, aunque por poco tiempo, virrey. El capitán D. Pedro Velázquez de la Cadena, Caballero de Santiago, sufragó su dote. Con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz hizo voto y promesa a Dios Nuestro Señor y a la dignidad eclesiástica "de vivir y morir todo el tiempo y espacio de su vida, en obediencia, pobreza sin cosa propia, castidad y perpetua clausura, sola regla de Nuestro Padre San Agustín y constituciones a nuestra Orden y Casa concedidas". En fe de ello firmaba y debajo del nombre escribió: "Dios me haga Santa". Todo por el amor a Dios, a la Virgen, a San Jerónimo y a Santa Paula. Quedó, pues, bajo la gloriosa Orden de San Jerónimo para todos los años que le quedaron por vivir. Veintiséis años quedaría a la sombra del monasterio jerónimo donde vivía una piadosa y gran población. Sor Juana Inés se encerraba en sí misma y se acercaba a Dios.

Las frivolidades y los galantes discreteos cortesanos del palacio de los virreyes, los cambiaba definitivamente por las ingenuas conversaciones de sus hermanas de Religión.

Su regalo mejor sería ahora, tras las horas de rezos en el coro o de estudio y meditación en su celda, el jardín amplio, atractivo y florido y delicadamente cuidado del monasterio. Sobre esta vista regalada, ella tenía su celda que, poco a poco, se convertiría en una importante biblioteca. Cuantos publicaban en México, enviaban un ejemplar a la Madre Juana Inés para que, con su arte y saber, se lo criticase. De España, donde su fama crecía, también le llegaban libros y finas cartas de admiración a su talento. Cartas en prosa o verso dirigidas a ella, no faltaban diariamente. Y siempre se contaba con su benevolencia. Las cartas las contestaba y acusaba recibo de los libros recibidos, después de leídos rápidamente para no mentir. Y, además, complacía con sus versos de circunstancias a cuantos se lo solicitaban que eran muchísimas instituciones y particulares, amigos o conocidos. En su celda de aquel convento, en el alto valle de México y en los aledaños de la capital, buscó recogimiento y oración con la esperanza de que la dejaran leer, estudiar y escribir cuanto podía, que era lo que sus obligaciones religiosas y la enseñanza primaria que allí se daba a las niñas le permitían. No se trataba sólo de enseñarles la doctrina, sino los rudimentos de todo y las labores y costuras. Pero a sus deberes fundamentales, a los "del coro en que ganaba eternidad, todos cedían", según el P. Calleja.

Desde la ventana de su celda, abierta al sur, contemplaba las últimas casas pobres de los barrios suburbiales mexicanos cuyas miserias tantas meditaciones sociales despertarían en su sensible corazón cristiano. Abajo los

jardines del convento y allá el mexicanísimo bosque de Chapultepec y en la lejanía, adivinar tras las montañas azules, las lontananzas añoradoras de sus valles natales, mientras las campanadas de la iglesia del monasterio metían sus sonidos de alegría o dolor en su celda, tan cercana de la capilla. En los despertares tempraneros contemplaría otra vez en toda su pureza, como en Nepantla, el libro abierto y majestuoso de los cielos estrellados e infinitos. El mundo no le quedaba muy lejos. Los conventos no estaban aislados, que sentían el calor de los nobles y de los poderosos, incluso de los virreyes. En los días de visita el locutorio conventual presentaba un brillante aspecto de mundanidad. Dada esta comunicación social, ancha y clara, la clausura conventual quedaba reducida a no salir del cenobio. Pues las gentes acudían a él con sus típicas conversaciones. Aun se decía que los conventos de América disfrutaban más libertades que los de España. Los personajes más ilustres y las damas más connotadas del mundo virreinal asistían principalmente a las vísperas de las Madres Jerónimas. Éstas atendían a sus visitas y no se mostraban pacatas con sus huéspedes porque Dios quiere a sus siervas desenvueltas y valientes y a sus operarios sabedores de todo por convencidos de la gran verdad de la salvación eterna. Conocían las Reverendas en su locutorio, convertido en centro de conversación agradable, entre banalidades y también bachillerías propias y ajenas, el mundo y su marcha. Miserias, tristezas y alegrías mundanas se daban más o menos veladas en las conversaciones de los ilustres visitantes. La presencia en las Jerónimas de Sor

Juana, el favor que gozaba de parte de los virreyes, con su fama de monja sabia y de poetisa inspiradísima, era un aliciente más. Sor Juana tuvo trato directo con los doctores y con los escritores y poetas del México de su tiempo como lo tenía también epistolar con los de España. Sor Juana recibía visitas de hombres importantes de la gobernación del virreinato que, prendidos en su conversación, "no acertaban a dejarla luego, ni les podía perder el respeto con excusarse", según el testimonio del P. Calleja que se sentía admirado, así como el P. Castorena, del talento y sabiduría con que Sor Juana "argüía escolásticamente en las más difíciles disputas". Allí se comentaría el último sermón de algún prestigioso orador sagrado y también hechos sociales salientes, sin olvidar la censura a sus aspectos inmorales. Los discreteos cortesanos ya no tenían cabida en la sobriedad conventual pero las poesías sonaban mejor en el ambiente de modestia monjil que en las lujosas estancias palaciegas entre alfombras, flores y cortinas. Sor Juana era la figura popular del convento. Los virreyes la visitaron especialmente y algunos — como los marqueses de Mancera y los condes de Paredes — le mostraron rendida y devota amistad.

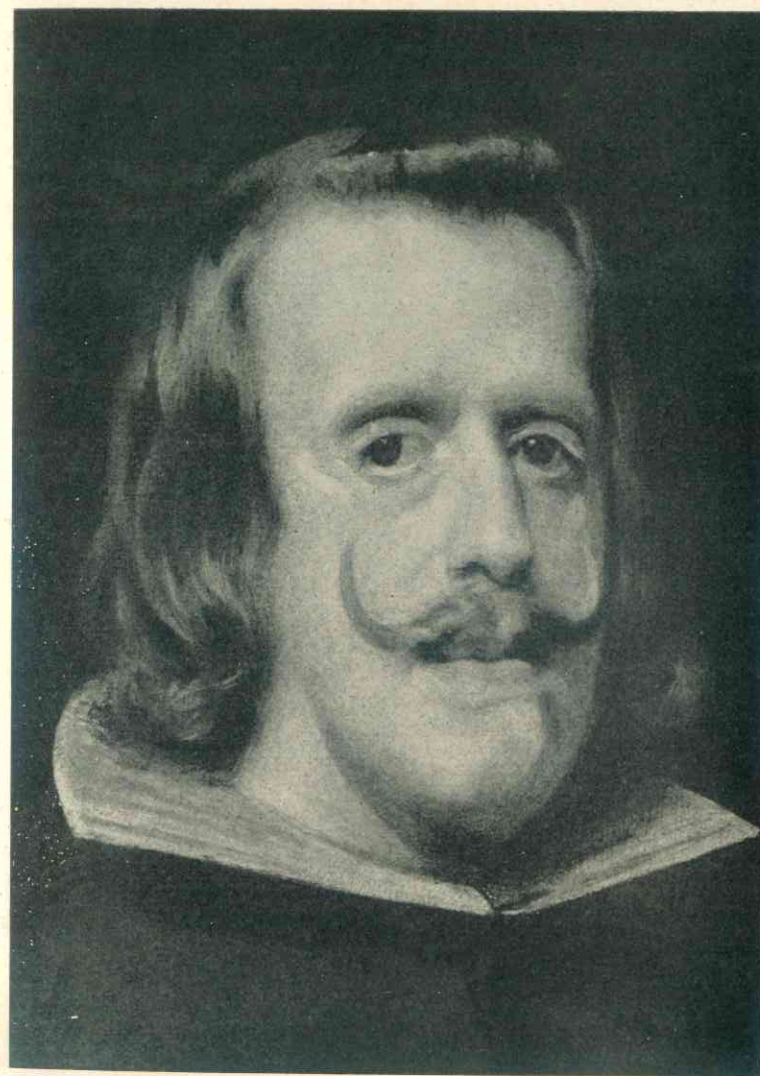
Los talentos de la Madre Juana Inés atraían a numerosos consultantes. Damas encopetadas le consultaban sus problemas. Caballeros, nobles por la sangre o por la sabiduría, le mandaban sus libros y luego iban a discutirlos con ella como símbolo de más discreto saber. Los hábitos con los colores del duelo y de la penitencia, alternaban con los vistosos colores de los brocados y mantos lujosos de las damas,

con los encajes y ricas guarniciones de los caballeros que rendían al entrar sus espadas de gruesos gavilanes de oro y pedrería. Y las conversaciones, aunque acogidas a la tibieza de la modestia, bajo las sagradas bóvedas, manifestaban vivamente las diferencias de los vestidos; y la palabra humilde entreabría el siglo y el mundo virreinal por donde las jerónimas percibían los latidos del pecado hecho demonio y carne. Con ello se aleccionaban y aconsejaban. Dentro de la severa observancia de la Regla, se enteraban de que el mundo corría y que había que conocerlo en sus peligros y vanidades, y sólo se le podía conocer en la dulce amistad de las tardes apacibles del locutorio monjil donde se comentaban las noticias de la corte madrileña, las pestes, las piraterías, las rebeliones de indios, los sermones y oficios divinos...

Pero los conventos tenían otra puerta abierta al mundo en su servidumbre, pues las monjas podían tener criadas. Y, según noticias ratificadas, el número de ellas hubo momentos en que fué excesivo. Del convento a las casas coloniales, los diálogos se sucedían en formas de recados, obsequios, caridades, etc. Si la otra puerta, la del locutorio, era más bien el gran mundo, por las fámulas del convento llegaban las auras populares, los sentires de los barrios de cholitos, de los pobres indios y de los esclavos negros. Las monjas recibían en sus celdas las peticiones de empleo del pobre europeo recién llegado para éste o para el otro señor, las quejas de los indios por ésta o la otra injusticia y las penas terrenalmente inmitigables de los miserables negros, esclavizados e irredentos en los Obradores de pasadilla...

Y también la versión popular siempre desfigurada aunque certera de éste o del otro suceso en que, por desgracia a veces, quedaba envuelto el nombre de un prebendado de la Catedral o el de un doctor de la Universidad o el de un auditor de la Audiencia o el del prior de tal convento o el de un consultor del Tribunal de la Inquisición. También por estas humildes cholitas, las monjas recibían de los señores encargo de labrar tal manto o toga, de hacer tal dulce o de afligranar tal joyel. Con las criadas monjiles por aquellas galerías del convento jerónimo que sostenían columnas toscanas, entraban y salían con los encargos, los dimes y diretes del mundo colonial. Las sabrosas reposteras y dulces, virguerías monjiles, eran llevadas entre estampas, rosarios y escapularios. Allá en la bandeja llevaban las frutas de horno y, en el envoltorio coqueto de papeles bordados en artísticos recortes, los suspiros de monja o las famosas rosquillas de almendras, las "pastillas de boca", los "ates", las figulinas de chocolate o los corderitos de mazapán... Los dulces elaborados por las monjas eran apreciadísimos y unas veces correspondían con ellos a favores recibidos por la comunidad del gran señor o encargo de la señora principal con motivo de esta celebración familiar o de aquella onomástica o buena noticia. Las monjas se incorporaban a la sociedad virreinal dando los días o celebrando al recién nacido o al nuevo matrimonio con aquellos peculiares regalos como "guantes de olor".

Sor Juana Inés fué indudablemente la más popular del cenobio. Con el regalo de días o con el motivo de la efeméride alegre o luctuosa, iban también los versos, versos oca-



Felipe IV (detalle), por Velázquez. Madrid. Museo del Prado

sionales con el consabido tema vulgar y repetido, pero siempre llevando el alma de Sor Juana Inés, aquella mezcla de candor y malicia estupendos. También ella recibía obsequios, como una corona de plumas de colibrí, como unos búcaros de arcilla muy artísticos que le envió un peruano que, por cierto, en unos versos le decía que se volviese ella hombre. Sor Juana contestóle muy donosamente. ¿Fué por las criadas correveidiles por las que Sor Juana adquirió aquel conocimiento de su pueblo mexicano? ¿Fueron ellas con sus ires y venires, las que abrieron sus nobles ojos a la dura vida de las clases necesitadas de las que es expresión en tantos versos llenos de humana comprensión popular? Con las fámulas llegaban a su celda las vergonzantes peticiones de la moza honorable que le suplicaba un rosario completo, con sus quince misterios, para que el caballero cumpliera promesas ineludibles cuando las circunstancias se hacían graves y humillantes; o para que volviese sano el guerrero que fué a dominar una insurrección de los indios; o para que la Virgen del Carmen protegiese al marino que se hizo a la mar en busca de rapaces y feroces piratas; o para que no se muriese el padre enfermo y no se llevase el sostenimiento de la numerosa pobre familia trabajadora. ¡Cuántas tristezas y sinsabores se encomendaban a la oración de las encerradas monjitas por los humildes seres de aquellos barrios cuyos aledaños divisaba por las ventanas abiertas de su rojo convento la Madre Juana Inés! ¡Y las criadas llevaban la promesa del rezo o la dulce palabra de esperanza y de consuelo y también la limosna — prenda, comida o dinero —, junto a la

estampita de la Virgen Nuestra Señora! Pero además el torno giraba continuamente con toda clase de peticiones; con él, miles de súplicas en busca del favor espiritual o temporal. La Madre Superiora tenía que armarse de paciencia y de caridad con los pedigüeños y con las oficiosas fámulas que con sus cuentos soliviantaban y enfermaban la curiosidad de las novicias sobre todo. Los conventos eran alivio de vida terrenal y esperanza de una mejor vida futura. El alma apasionada de Sor Juana encontraba en esta ráfaga de vida mundana un alivio a sus pensares y penares, que distraía con los males ajenos que quería ayudar o aliviar. Su fama y popularidad, la entretenían demasiado. Su vocación quedaba malparada. Ya nos dijo el P. Calleja que "la caridad era su virtud reina". Y esta caridad empezaba en su mismo convento con sus mismas compañeras de clausura. Su buen carácter — "nunca se la vió enojada, quejosa ni impaciente" — le ganó el cariño de sus hermanas de Religión. Todas encontraban en ella palabras de consuelo y consejo y un extremado cariño en Cristo. Como ella las asistía amorosamente, no dejaban de visitarla continuamente en su celda. "No acertaban a dejarla" ni las monjas ni las visitas, y ello la distraía de sus estudios. Gustaba la compañía de estas personas que la querían pero se quejaba porque no le dejaban tiempo para aquella su gran diversión de estudiar y observar cuanto se ponía al alcance de sus ojos siempre ávidos de saber. "Me solía ir — dice Sor Juana — los ratos que a unas y a otras nos sobraban, a consolarlas y recrearme en su conversación." Su caridad la retenía al lado de las enfermas. El P. Calleja

asegura: "si no es para guisarles la comida o disponerlas los remedios a las que enfermaban, no se apartaba de su cabecera". Y, como ella era muy regalada y obsequiada por las más principales familias de México, los presentes que recibía — que no eran pocos — los cedía a las monjas más pobres de la comunidad ("De muchos regalos continuos y preseas ricas que la presentaban, las religiosas pobres eran acreedoras primeras, y después personas en la ciudad necesitadas", según el mismo P. Calleja). Y estos socorros se distribuían en el grado de pobreza del que los recibía y la discreción de Sor Juana Inés los mantenía sin alardes de liberalidad ni de vanidosa humildad. Pero atendía especialmente a las enfermas. Las encontraba sin duda muy solas, lejos de la familia. Su caso particular — su madre se había vuelto a casar — sin duda la excitaba en caridades hacia su única y verdadera familia. Y este marasmo de compromisos de amistad y caridad, de sociedad y comunicación intelectual le apartaban de su meditar, de su ilustración, de sus lecturas predilectas, de sus poesías y de sus escritos. Pero, sobre todo, predominaba ahora su fe religiosa ya que, después que vió la hermosura de Cristo, quedó libre de poderse inclinar a criatura alguna, según nos dijo ella.

También conocieron los conventos, como el de las Jerónimas, fiestas a las que asistían los virreyes y las gentes principales del virreinato. Estando Sor Juana Inés, sus amigos los condes de Paredes honraron con su presencia virreinal festejos en que se recitaban y cantaban romances y "tonos provinciales". Y, no obstante la condena de San

Jerónimo contra el baile, también se hicieron los del país con el beneplácito arzobispal. Había monjas que sabían tocar piezas de música con gran maestría. Sor Juana era muy versada en ella y su colaboración escribiendo las letras para los cantares o para los villancicos — como por ejemplo en la Nochebuena —, daba un mayor atractivo a las fiestas jerónimas. ¡Qué finezas no tendrían las monjitas con sus ilustres huéspedes en aquellas mesas que adornaban con delicados ramos de flores de las que ellas mismas cultivaban — Sor Juana entre ellas — para adornar los altares de la iglesia; con los flecos dorados de los aparadores; con los manteles ricamente labrados así como las servilletas adamasquinadas; y sobre su blancura, névea y almidonada, profusión de encajes valiosos y preciosistas; las mancerinas o las jícaras para el chocolate con soconusco, adornadas, los platos rebosantes de picatostes, de pastas exquisitas, de dulces almibarados; y en las vasijas las aguas azucaradas, el hipocrás y los más variados helados de las frutas hortelanas de México! ¡Cuál no sería la hospitalidad en un convento tan animado por la visita del Virrey! ¡Qué animación en las tardes doradas y optimistas de las vísperas de las grandes solemnidades! ¡Qué simpatía la de las monjas jerónimas y qué horas de noble entusiasmo aquella, en que se hacían representaciones, se escuchaban conciertos y se celebraban animadas fiestas en las que el espíritu cordial de Sor Juana Inés ponía sus mejores notas!

V

La Monja de México

“Religiosa peregrina
que rezando vas y vienes,
y que por el traje tienes
aspecto de golondrina.”

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Ya hemos visto cómo Sor Juana en el mundo prefirió el apellido Ramírez por corresponder a una familia criolla. Vimos también cómo el pueblo mexicano participaba activamente en la vida del convento jerónimo con sus problemas llevados y traídos por las numerosas criadas de las monjas. Pero la Madre Juana ya había con anterioridad estado en contacto con el pueblo. Había sido en sus mismas tierras serranas, cuando visitaba de niña la cañada de Yacapixtla, cuando subía al pintoresco pueblo de Ozumba o iba a los oficios religiosos de su parroquia de Amecameca cuyo vicario, el dominico Fray Francisco Muñiz, la estimaba mucho o en los paseos tramontanos de su familia a otras parroquias más alejadas. Allí oiría en las caminatas, durante los descansos en los bohíos, las conversaciones de las pobres gentes del pueblo y ella, tan analizadora, establecería comparaciones y causas de las diferencias entre ella y sus hermanos y los otros niños que salían a verlos y quizá a jugar unos momentos, mientras la palabra cordial

de los hidalgüelos y de los cholitos e indios establecía comodidad y seguridad para su familia. ¡Oh recuerdos con calor de pueblo del Santuario del Señor del Sacromonte donde se apiñaban, henchidos de fe y con la petición en las oraciones, ricos y pobres! Caseríos perdidos por aquellos cerros con nombres aztecas que significaban flor o serpiente, mesa o mirador, y que presidían aquellos imponentes gigantes de nieve empenachados de fuegos y humos. Hundidos vallecitos donde florecían, bajo la palabra de los párrocos españoles, la fe y la esperanza de los mestizos mientras se iba forjando, en las manos paternas de España, el gran pueblo de México. ¡Cómo olvidar la ciudad de Puebla, el más fértil de todos aquellos valles, donde se levantaba una gloriosa capital símbolo de toda la pujanza mexicana! Ella, catedralicia y criolla, era la mejor visión de fe y pueblo para Sor Juana Inés de la Cruz. Desde su celda, en el monasterio suburbial de México, ella pensaría en los cholitos del Cuántla y de la alquería de San Miguel Nepantla. Y las criadas, con su charladera impenitente, le darían ahora una verdad de las miserias de las pobres gentes de aquellos barrios que ella podía divisar desde su convento. Y ella amó las tierras mexicanas y sus cholitos inocentes, sus indios herméticos y sus irredentos negros. Y por toda su poesía y su prosa se fué asomando el gran problema de su pueblo como algo entrañable e inevitable. De aquí cierto saborcillo social, cierta preocupación por los pobres no sólo para traducirla en caridades inmediatas sino con vislumbres de una más justa ordenación social. Páginas de la ternura de su corazón hay en su biografía

y como su gran fama era de poetisa, en poesía defendía a las gentes socialmente débiles. Así tenemos aquel memorial dirigido a un juez para que no sacasen de su vivienda a una viuda pobre; o aquellos otros romances en que para celebrar el primer cumpleaños del hijo del Virrey, conde de Paredes, solicitaba el indulto del Tapado, un famoso bandido cuyo verdadero nombre era Benavides y que había sido condenado a muerte, en los que le decía:

*...dad la vida a Benavides,
que aunque sus delitos veo,
tiene fuerzas vuestro día
para mayores excesos.*

*Muerte puede dar cualquiera;
vida, sólo puede hacerlo
Dios; luego, sólo con darla
podéis a Dios pareceros...*

O aquella otra ocasión en que pedía la libertad de un inglés, frente a las leyes que prohibían la entrada de extranjeros en México. Esta conmiseración por el hombre preso, la llevó al tema de San Pedro Nolasco, el fundador de la Merced para redención de cautivos. Por esto, con alta conmiseración y conciencia de la verdad humana, decía a los jueces:

*¡Jueces del mundo, tened la mano!
¡Aun no firméis! Mirad si son violencias
las que os pueden mover: de odio inhumano.*

*¡Examinad primero las conciencias!
¡Mirad! ¡No haga el juez recto y soberano
que en la ajena firméis vuestras sentencias!*

Porque siempre sintió obsesionadamente los problemas de los pobres y de los perseguidos. Por esto tiene toda su obra la presencia de su preocupación social y de su mexicanismo. La más fuerte la del indio mexicano y su educación. Esta preocupación se manifiesta por ejemplo en la Loa de su auto sacramental "El Cetro de José". Bajo el virrey conde Paredes había habido un levantamiento. En la Loa, la Ley de Gracia y la Ley Natural abogan porque se acabe con la idolatría indígena, con los sacrificios humanos y porque se ordene la vida de los indios en un sentido cristiano. ¿Había todavía casos de canibalismo en México? ¿Todavía comían las carnes del ser humano que sacrificaban a sus dioses?

Sor Juana Inés, con vistas al futuro de México, quería acabar con las horrorosas tradiciones religiosas de los indios. Su poesía y su teatro tienen el tono misionero de la cristianización. Cuando indios y soldados luchan, la Religión — caracterizada de dama española — los protege. Así llegamos al tema de la Sagrada Eucaristía en su auto sacramental de "El Divino Narciso". La simpatía de Sor Juana Inés por el indio mexicano le lleva hasta presentarlo como mediador en la disputa de un escolar que dice latín y un "barbado" como en sus villancicos a San Pedro Nolasco:

*Púsolos en paz un indio
que, cargando y levantando,*

*tomaba, con la cabeza,
la medida de los pasos.*

También sintió la noble conmiseración por ellos, en aquellos terribles años de miserias en que se les arrojaba de las casas donde habían trabajado muchos años acusados de miserias que todos padecían. Sor Juana los hacía hablar en sus villancicos desde su cálida cátedra popular de los claustros catedralicios donde se apiñaban gentes sencillas que sabían entender aquella media lengua. Así como si los quisiera oponer a los sabios maestros de la Universidad, el abigarrado concurso del cholerío se regocijaba oyendo su hablar y sus pensamientos. Con cuánta razón la monja jerónima pudo escribir, en aquella su gustosa manera folklórica, versos que, como los siguientes, aparecen en su última poesía:

*¿Qué mágicas infusiones
de los indios herbolarios
de mi patria, entre mis letras
el hechizo derramaron?*

También sintió conmiseración por los esclavos negros. Su castellano de jerigonza, corría también por sus populares villancicos. ¡Qué encanto tienen los que se cantaron para la Asunción en la Catedral de México en 1687! Los negros Pilico y Flacico (Perico y Blasico) dialogaban. La Virgen, al subir a los cielos, los había dejado a obscuras ("que nos deva ascusa — a turo as negla"). Y en los de la

misma festividad ocho años antes son “dos princesas de Guinea” las que se alegran... Y también es la primera escritora en la que palpita la protesta contra la esclavitud de los pobres negros que robados a sus tierras africanas, morían en los obrajes. Los villancicos a San Pedro Nolasco son los más vivos de este sentir. Los negros se lamentan que sólo son redimidos los blancos mientras ellos quedan irredentos. Los pobres cuerpos “prietos” pensaban humildes en que Dios daría la libertad y hasta la gloria a sus almas. Y Sor Juana Inés daba expresión verbal a estos sentimientos.

Sor Juana Inés, como los misioneros españoles, estaba consciente de que se estaba creando con moldes españoles una nueva patria. México, amasado en pueblo, surgiría del hispano con el hombre de la tierra sin olvidar al que había sido llevado como esclavo porque también tenía alma. Los religiosos eran los que estaban más cerca del pueblo. Sor Juana Inés, con toda razón, ha sido llamada la “Monja de México”. No significó olvido de la Madre Patria España. En sus poesías cantó a sus reyes y más aún a sus virreyes de México. El Arco Triunfal que se levantó en 1680 en honor del conde de Paredes fué obra y poesía suya. Sintió siempre en sus entrañas la hispanidad y la vasconidad. El segundo tomo de sus Obras Completas estaba dedicado al vasco D. Juan de Orbe y Arbieto y decía con su orgullo de raza española: “Vuelvan los frutos a su tronco y los arroyuelos de mis discursos tributen sus corrientes al Mar a quien reconocen su origen.”

Su sentir de mexicana brotaba incontenible porque

amaba su tierra natal. Era optimista del hombre y de los valores y riquezas americanas. Aludía a América como a paraíso terrenal (“compatriota del oro”, “común sustento de todos” y donde todo se daba “casi de balde”). Su criollismo que se desbordaba en los villancicos, nos presenta a los criollos mexicanos alegres, leales y con un lenguaje de voces suaves y cláusulas tiernas. A este hablar que ella llamaba “un tocotín sonoro”, gustábale dar forma:

*Al niño divino
que llora en Belén,
¡déjenle!, ¡déjenle!
¡Déjenle que, A LO CRIOLLITO, yo le cantaré!*

En otros villancicos hacía cantar a un indio con su guitarra “un tocotín, mestizo — de español y mexicano”. Sor Juana Inés se sentía siempre alegre y popularmente mexicanísima. Ya convocaba a toda la ciudad virreinal a la profesión de una religiosa o a la dedicación de una iglesia. Y convocaba y contaba con todos los mestizajes. Pensaba siempre en la futura patria y pedía a la Virgen, la Gran Señora, a la que consagraba sus villancicos, que los mexicanos — guiados por la gran enseñanza de la Madre Patria España — llegasen al puerto de una noble patria. En el ansia de que todos concurriesen al quehacer común llegaba a extremos. En su comedia “Los empeños de una casa” invoca el nombre de Garatuza (un pícaro impostor y sacrílego a quien un Auto de Fe condenó a 200 azotes en 1648). El criado mexicano Castaño lo alude como a un

“santo” popular. Desde su celda forjaba un México ideal, cristiano y noble. En sus prosas hay bellas y generosas palabras: “No con intransigencias; con bondad recíproca, con la recíproca interpretación de todas las almas, es como las patrias se forman; es como hay que forjar la patria perdurable”. Esto lo escribía una mujer desde el cenobio de una tierra muy joven en la Cristiandad, ¡una monja del Seiscientos! Ello nos muestra su talla mental y moral, la de una criolla hija de españoles. Por esto consideraba mexicano al hijo de los Virreyes, condes de Paredes, nacido allí, y, restallante de júbilo y de mexicanidad, escribía a sus padres:

*Levante América ufana
la coronada cabeza,
y el águila mexicana
el imperial vuelo tienda,
pues ya en su alcázar real,
donde yace la grandeza
de gentiles Moctezumas,
nacen católicos Cerdas...*

Tuvieron harta razón en llamarla la Monja de México. Fué una de las personalidades más fuertes de la nacionalidad mexicana.



VI

La monja enamorada de la sabiduría

“A la creación entera, iban las luces de su alma, como los destellos de un diamante, por doquiera, irradiaban.” — EZEQUIEL A. CHÁVEZ.

Había traído al convento la ilusión de estudiar y leer en los ratos libres que la vida religiosa le permitiera. Y la vida conventual la atendía con celo y amor y las visitas, el locutorio y los recados que le traían las criadas, la dejaban sin tiempo disponible. Y, cada vez menos, porque su popularidad la hacía objeto de los señores y del pueblo de México para los que la Madre Juana Inés era una verdadera institución creada por su saber y cariño para con todos. Su amor de siempre a la sabiduría seguía firme y el segundo cuarteto de uno de sus sonetos más bellos, es bien expresivo:

*Yo no estimo tesoros ni riquezas;
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento,
que no mi entendimiento en las riquezas.*

Su ansia de saber, desde la misma infancia iniciada, fué tan intensa que no sólo los libros sino cuantas cosas la

rodeaban, fueron objetos de su atención minuciosa. La cosa más mezquina evocaba en ella un mundo de meditaciones y consecuencias. Dice el P. Calleja: "Ella se fué a sus solas, a un mismo tiempo, argumento, respuesta, réplica y satisfacción, como si hubiera hecho todas las facultades de calidad de Poesía, que se sabe sin enseñanza". Su cabeza no descansó jamás de pensar y buscar explicaciones a todos los objetos y, ni en sueños, se paralizaba esta acción incontinente. Quería saberlo todo y ofrecérselo a Dios como un homenaje de criatura consciente: "Aunque sea en contra mía, me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad". Y agrega: "Su Majestad sabe por qué y para qué; y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento, dejando sólo lo que baste para guardar su luz." Y este ofrecimiento de Sor Juana Inés, tan lleno de sacrificios ya que el primero era el de su entendimiento nobilísimo, lo mantuvo hasta llegar a un sacrificio total al final de su vida. Aquel entendimiento — lleno de insatisfacciones y tan infatigable — era su mejor placer humano y también su tormento:

*Si es mío, mi entendimiento,
¿por qué siempre he de encontrarlo
tan torpe para el alivio,
tan agudo para el daño?*

No en vano comparaba el discurso con el acero, como arma de dos filos. La mano que maneja el acero ha de ser diestra para que no se lastime el mismo sujeto que la em-

plea. Y no ha de olvidarse la utilidad y aplicación del razonamiento que ha de ser moral:

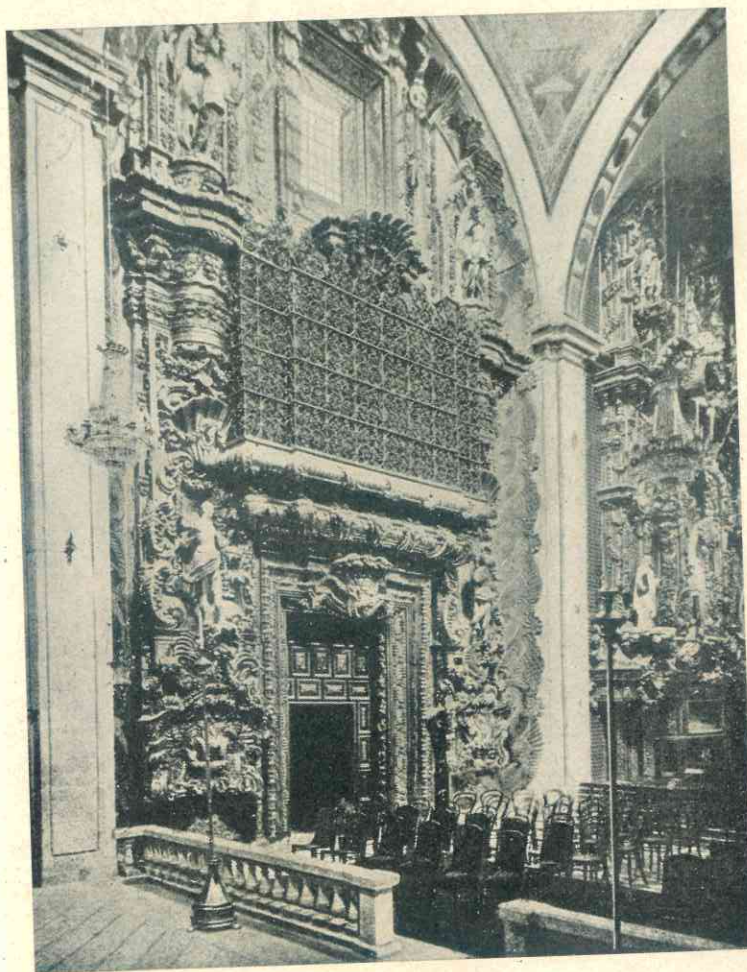
*No es saber, saber hacer
discursos sutiles, varios;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.*

Objetos de su saber eran todas las ciencias tanto las abstractas como las concretas. La Sagrada Teología era la cumbre pero "tenía que subir por los escalones y Ciencias y Arte humanas." También tenían preeminencia la Filosofía y la Moral. Trató también de Astronomía y de Música. De ésta llegó a escribir un tratado metódico, nuevo y original, para enseñarla y transmitirla. Lo escribió para provecho "de su femenino religiosa familia" y en él llegaba a las más avanzadas conclusiones sobre la armonía. "El Caracol" fué un compendio valioso para la armonía musical reconocido como de una gran originalidad por los técnicos modernos.

Tenía la monja jerónima conocimientos de lenguas pues llegó a componer versos no sólo en castellano, sino también en latín, portugués y hasta en azteca. Si había fijado su atención en la música fué, sin duda, pensando agradar a sus hermanas de Religión que tan bien recibían estos conocimientos así como otros que resultaban todavía más útiles como labores, jardinería y culinaria. Teorizó Sor Juana Inés sobre las actividades cotidianas conventuales. También tenía el monasterio, entre sus mejores ocupaciones,

que atender las escuelas en las que recibían enseñanzas muchos párvulos mexicanos. La celda de la poetisa — cuando hizo más adelante el sacrificio de deshacerse de aquel verdadero centro de estudios que había creado por obra personalísima — estaba llena de los más diversos aparatos relacionados con la ciencia. Instrumentos de jardinería y astronomía, de música y de devoción y hasta de supersticiones curiosas con que la obsequiaban. Los libros que había reunido llegaban a 4.000 volúmenes, cifra en la que no habría exageración y que entonces era tan imponente como lo es ahora, considerada como colección particular. Llenaban aquella librería los libros piadosos y de devoción. La Biblia con sus dos Testamentos, los Santos Padres de las Iglesias Griega y Latina, las exégesis teológicas y las encíclicas de los Pontífices. Cuantos libros se publicaban en el mundo español iban a aumentar los de sus anaqueles. En el hermoso retrato de Sor Juana Inés existente en el Museo Nacional Mexicano de Arqueología, Historia y Etnología aparece la ilustre monja en su luminosa apariencia física y moral, con toda la elegante prestancia que hace de los hábitos jerónimos una presencia espiritual de gran distinción y señorío. Leamos en aquel retrato algunas de las encuadernaciones en pergamino que el pintor mexicano Miranda puso como fondo a la sabia y bella personalidad de Sor Juana Inés. Allí están los tratados cuyos títulos leemos en sus lomos de pergaminos en folio: Derecho Canónico, Derecho Civil, San Juan de la Cruz, Silio Itálico, etc.

La obra maestra en que se funde su personalidad genial,



Detalle del interior de la iglesia de Santa Clara, en Querétaro. (México)

mezcla de poesía y ciencia, es la silva citada "Primer Sueño". El saber de Sor Juana Inés queda en ella de manifiesto. Su inspiración, su poesía y su arte también. Arte y ciencia, sinceridad y fantasía se compenetran en un noble equilibrio. Su impenitente ansia de penetrar misterios sin resolver la agobia. Aquí hay problemas de la fisiología humana como las funciones y alimentación del corazón, pulmones y cerebro que se unen a los de la meteorología y astronomía. Su misticismo está también vivo y tiene, como expresión poética y simbólica, la claridad de la mañana. Las seis divisiones que se han discernido dentro del titulado "Primer Sueño", culminan en el sueño del Despertar. Toda la urdimbre mental de la sabia religiosa está presente en esta profunda poesía en que aparece el hombre como "la última perfección de lo creado" ya que une en sí cielos y tierra, gusano y estrellas. De aquí el equilibrio perfecto que hay en su obra y su atención al tema moral en un plan de respeto y comprensión. Ya observa con cándida sencillez poética en un romance que comienza "Finjamos que soy feliz":

*Todo el mundo es opiniones
de pareceres tan varios,
que lo que el uno, que es negro,
el otro prueba que es blanco.
A uno sirve de atractivo
lo que otro concibe enfado,
y lo que éste por alivio,
aquél tiene por trabajo...*

La diversidad de opiniones la inclinaba a más estudios y fortalecía la verdad. Ella “estudiaba teniendo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible y, en vez de explicación y ejercicio, muchos estorbos”, como dice en la parte autobiográfica de una famosa carta: “amándome y deseando mi bien (y por ventura mereciendo mucho con Dios por la buena intención) me han mortificado y atormentado más que los otros, con aquel *No conviene a la santa ignorancia, que deben, este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza. ¿Qué me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie, donde yo era mártir y me era el verdugo!*”

Cauces de su fervor por el estudio lo fueron objetos y libros. La vocación incontenible surgía por cualquier motivo y por todos los motivos. Cuando la separaron del estudio, estudiaba y meditaba más porque por todas partes surgían sus incitaciones al saber y al interrogar. Es una verdadera lástima que todavía no se hayan encontrado obras de ella que se perdieron. Tales las “Súmulas”, escritos filosóficos y teológicos; y aquel tratado, tan expresivo de su manera de ser, “El Equilibrio” que se extravió para ignorarse para siempre su paradero, en 1847.

En su saber señaló los tres caminos de Amor que son verdad, belleza y bien. Decir, comunicar lo que pensaba y lo que sentía era para ella vivir y en esta comunicación ininterrumpida que constituía su verdadera vida puede decirse que estaba su auténtica personalidad. Por esto su sabiduría era “Dios mismo” pero la Teología tenía sus “an-

cillas” — no sólo la Música y la Astronomía que eran especial objeto de su atención como dijimos — sino aquellas ciencias que a ella le gustaría conocer como — además de la Filosofía, Retórica, Historia Sagrada y Profana y Patrística — Física, Aritmética, Geometría, Arquitectura, ambos Derechos y Artes Mecánicas.

Entre estas “ancillas” figuraba el “arte adivinatorio”. Como puede observarse, Sor Juana no rechazaba ningún saber de su época. Pero por todos los caminos llegaba a la “cumbre de la Sagrada Teología”. Y Dios brillaba como “el céntrico punto, donde recta tira — la línea si no ya circunferencia — que contiene, infinita, toda esencia”, como dice en su “Primer Sueño”. Porque en todos sus escritos, aun en los de apariencia más popular, divulgadora o incluso frívola, palpita la verdad de su fervor religioso. Alguna vez estallarían con emoción y elocuencia, como cuando al comentar un sermón, decía: “¡Oh primor del Divino Amor! ¡Decir que es honor suyo lo que es provecho nuestro! ¡Oh Sabiduría de Dios! ¡Oh Liberalidad de Dios! Y ¡oh finezas! ¡Sólo de Dios! ¡Y sólo dignas de Dios!” A esta verdad suprema llegaría por su vocación de ciencia, por su continua tarea “de leer y más leer; de estudiar y más estudiar; sin más maestros que los libros”. Y esta vocación no estaba reñida con la Orden de San Jerónimo, que en su Epístola VI a Leta la instaba a que enseñase a leer y escribir a su hija, niña de pocos años. Llegaba el Santo hasta recomendar a Leta que la leyese textos sagrados y libros clásicos. Y esto hacía a Sor Juana Inés pensar: “Pues si así quería el Santo que se educase una niña que apenas empe-

zaba a hablar, ¿qué querría en sus monjas y en sus hijas espirituales?" Y así justificaba sus lecturas y sus estudios continuados que eran su vida. Y esta continuada obsesión de saber llegaba hasta llenar sus sueños. Así diría en vísperas de su renuncia a libros y estudios: "Ni aun el sueño se libró de este continuo movimiento de mi imaginativa: antes suele obrar en él más libre y desembarazada, confiando con mayor claridad y sosiego las especies que ha conservado; arguyendo, haciendo versos..." Alma ansiosa de conoceres fué la monja jerónima y Chávez hace bien en observar: "Era así ella — mírase uno tentado a imaginar —, como un ojo de claridad y de ansia, perdido en el bosque obscuro de la falta de saber de su siglo, y que, abierto y dirigiéndose — ora aquí, ora allá — en la tiniebla, por todas partes sorprendía divinas claridades errabundas".



VII

La Décima Musa de México

"Fué la luz y la poesía de la época colonial; hizo, con don Juan Ruiz de Alarcón, que el nombre de la Nueva España sonase con coro de elogios en la corte de los Austrias." — AMADO NERVO.

"La primera luz que rayó de su ingenio fué hacia los versos españoles y era muy racional admiración de cuantos la trataron en aquella tierna edad, ver la facilidad con que salían a su boca o a su pluma los consonantes y los números; así los producía, como si no los buscara en su cuidado, sino es que los hallaba de balde en su memoria." Así nos dice la biografía manuscrita del P. Calleja que se conserva en Madrid. Sólo tenía cinco años cuando esta primera luz. Y cuando, años antes de su prematura muerte, se reunieron sus poemas por interés de la condesa de Paredes, sus editores daban a ellos y a sus libros títulos caprichosos y barrocos. "Inundación Castálida de la única poetisa, Musa Décima de México", según comenzaba el largo título de la primera recopilación de sus poemas hecha en Madrid en 1689.

Pertenece Sor Juana Inés al barroquismo poético pero hay en ella una diafanidad predominante. La complicada

crítica moderna habla de su intelectualismo de creación como de una suma de las escuelas de la época. Tal vez, bien analizada, lo formal culterano sea lo menos frecuente de su estilo. Sin embargo su calidad poética culterana se aproxima a Góngora. Pero la monja mexicana es un alma de cristal en sus versos. Para Menéndez Pelayo todavía parecen creaciones del siglo XVI. Hay conceptismos en su poesía, campea en ella la gracia del retruécano, la anfibología y la travesura ideológica, la mezcla de lo culto y de lo popular como en las poesías ligeras de Góngora. Por mucho que las deprecie su popularismo cómo negarles el valor a aquellas redondillas de "Hombres necios que acusáis", alguna tan expresiva como:

*¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?*

Era su gran inspiración y facilidad para la poesía. Aunque en la prosa era también privilegiada escritora, su verdadera inclinación era el verso:

*Y para probar las plumas,
instrumentos de mi oficio,
hice versos, como quien
hace lo que hacer no quiso.*

Y en una grave carta, su mejor documento en prosa, había de agregar: "La tan perseguida habilidad de hacer

versos, en mí es tan natural que aun me violento para que esta carta no lo sea". Esta era la verdad y como su natural era alegre, su musa sonaba juguetona, ligera y fácil. En ocasiones demasiado familiar como su carácter tan abierto a la cordialidad. Su musa amorosa — la de los frívolos cuatro años que anduvo en la corte — tiene una vida de gran intensidad mundanal como hemos visto. En la poesía fué un genio de la ligereza. "Llevo la pluma trotando", llegó a decir en el prólogo, también en verso, con que presentaba sus poesías, con humildes expresiones:

*Estos versos, lector mío,
que a tu deleite consagro,
que sólo tienen de buenos
conocer yo que son malos,
ni disculpártelos quiero,
ni quiero recomendarlos,
porque eso fuera querer
hacer de ellos mucho caso...*

Fruto natural de su pensar — en la salud y en los quebrantos, en las alegrías y en las tristezas — los hacía pensando que nunca pudieran pasar, como por voluntad vi-reinal pasaron, a ser libro que se editase en la capital del Mundo Español. Después vendrían, impresas o manuscritas, muchas copias de deficientes copistas que la presentaban como defectuosa poetisa. Pero se difundía por todas partes, por todas las reuniones y tertulias de España y América. Era otra monjita que, como Santa Teresa, era



muy comunicativa y no se recataba de la expresión vulgar y familiar.

Por estos motivos en su poesía abunda el arte menor y la serie romance — unas sesenta composiciones entre romances y endechas. Redondillas y décimas, letras para cantar tonos o bailes, villancicos y canciones que ahora llamaríamos nativistas. Es decir el arte de las formas populares españolas en las que obtenía bellezas de facilidad en el manejo de los pensamientos y en la versificación tan propia de ella que puede considerarse espontánea. Sor Juana Inés — que alguna vez utilizó el nombre poético de Julia — era castiza y popular. Como su maestro Góngora, nos regaló esa deliciosa mezcla de conceptuosismo barroco y de encantadora sencillez. Cobra expresiva gracia en los temas sociales. Su musa amorosa — noblemente impulsiva y candorosamente sincera — ya la conocemos, corresponde por su inspiración a los años juveniles de la corte virreinal, años de desorientada adolescencia. Pero los mejores vuelos de su pluma están en su musa religiosa, vívida y enervada, siempre en una estrofa límpida, apasionada por la fe y el amor en que hierve su corazón amante. Son inolvidables sus canciones del auto “El Divino Narciso” de inspiración bíblica y de gran belleza. En un poema religioso dedicado a Cristo Sacramentado, “Día de Comunión”, los octosílabos de la serie romance sirven al augusto tema:

*Amante dulce del alma,
bien soberano a que aspiro,
tú que sabes las ofensas*

*castigar a beneficios;
divino imán en que adoro:
hoy que tan propicio os miro,
que me animáis la osadía,
de poder llamaros mío:
hoy que en unión amorosa
pareció a vuestro cariño
que si no estabais en mí
era poco estar conmigo;
hoy que para examinar
el afecto con que os sirvo
al corazón en persona
habéis entrado vos mismo,
pregunto: ¿es amor o celos
tan cuidadoso escrutinio?*

.....

Con esta sencillez llega a la conclusión del amor de Dios en la comunión. Pero la devoción mariana es su cumbre en el tema religioso. Las limpias fuentes del amor brotan de los villancicos. Los que se cantaron en la catedral de México con motivo de la Asunción de María en el año 1679 tienen gran belleza. He aquí la descripción de la Virgen:

*¡Qué más quisiera el jazmín
que andarse, paso entre paso,
apropiándose en su rostro,
entre lo rojo, lo blanco!
De las demás perfecciones*

al inmenso "mare magnum"
¡ciñalo la admiración
si hay ceñidor para tanto!
Este, pues, terror hermoso,
este valeroso pasmo,
este refulgente asombro,
y este luminoso espanto,
lo que hay de la Tierra al Cielo,
con espíritu alentado,
por ser poco para un vuelo,
quiere medir con un salto.
Entra, bendita de Dios,
en el celestial palacio;
— que entrar y salir, es cosa
en que yo ni entro ni salgo.
Otro pinte, cómo rompe
los celestiales tejados;
que yo, solamente puedo
hablar de tejas abajo...

El tema señala esa tierna devoción mariana suya. En las imágenes y epítetos brillantes se mezclan ternuras populares ("solecito arrebolado") o modismos vulgares (si Diana compitiere en belleza "la meterá en un zapato"). Equilibrio entre lo culto y lo popular, entre lo vulgar y lo sabio que se da en toda su obra. Y muy especialmente en los villancicos, esa mezcla de los diálogos dramáticos y de las efusiones líricas en los que brilló Sor Juana y en los que puede decirse que llegó a penetrar el meollo de su pueblo

mexicano en una labor misional por fe de gran eficacia. Para la misma festividad de la Asunción de la Virgen también se cantaron romances de Sor Juana en la catedral de México los años 1685 y 1687. También fueron suyos los que se cantaron en la misma catedral para los maitines de San Pedro, en 1683. No olvidó Sor Juana la catedral de sus amados valles natales para enviar sus villancicos tan llenos de recuerdos de su infancia en los temas y motivos. Así en la catedral de Puebla fueron suyos los de los maitines de la Purísima y Navidad de 1689 y los de San José de 1690. De los primeros son los que dedicó a San Pedro Nolasco (31 de enero de 1677) y de los más notables los que se cantaron en la catedral de Antequera (Valle de Oaxaca) en honor de Santa Catalina. Eran eminentemente populares y todos los tipos más conocidos al mestizaje americano tuvieron voz y representación en ellos como hemos visto anteriormente. En el villancico de Nacimiento propiamente dicho tiene encanto y gracia, donaire y musicalidad que no desdican del recuerdo de las canciones de cuna de Lope de Vega, el español que tan bellas las había hecho. He aquí los que se cantaron en Puebla:

¡Déjenle dormir!
que quien duerme, en el sueño
se ensaya a morir...!
¡Déjenle velar!
¡Déjenle dormir!
Si a sus ojos corrió la cortina
el sueño sutil,

*y por no ver mis culpas, no quiere
los ojos abrir...
¡Déjenle dormir!*

Y he aquí sus ternezas de monjita enfervorizada pero de poetisa que maneja la lira con maestría:

*¿Hay quién me le quiere
a este hechizo de plata,
de armiño y nieve;
a este Cupido,
que es de cera, y de amores
está derretido?*

*Son dos verdes esmeraldas,
o dos azules zafiros,
sus ojos, para esperanzas,
o para celos motivo.*

*Un breve rubí es su boca,
en dos partes dividido,
porque se vea el aljófara,
por el pequeño resquicio.*

*Todo es, del alma, un encanto;
todo es, de amor, un hechizo.
Tal Cupidillo,
para joya del alma viene nacido.*

.....
*Cual sonoro enjambre
que, con doradas alas,
de los jazmines chupa*

*el cristal que sobre ellos lloró el alba...
¡Así se van al Niño,
presurosas, las almas;
que es centro do se animan,
y fuera dél, ni aun a sí mismas se hallan!*

O en las coplas finales de los dedicados a San José que terminan en ingenuidad monjil:

*¡Válgate Dios! ¡Los primores
que nuestro Dios sabe hacer!
¡Qué toda nuestra grandeza
venga de la pequeñez!*

Sus coplas a la criolla, a la mexicana, a lo indio o a lo negro sitúan a Sor Juana como una afortunada iniciadora de los temas que la poesía hispanoamericana ha llamado nativistas. El lenguaje naturalista de los personajes de sus populares villancicos es un documento precioso del nativismo criollo. En estos temas y en expresión popular han de destacarse los motivos de negro. La poesía afrocubana que tanta boga y brillantez ha conseguido sobre todo en las Antillas, encuentra este precedente mexicano con sus reminiscencias de Tan-Tan y sus ritmos de conga, con todo su sabor negrista:

*¡Tumba la, la la! ¡Tumba le, le, le!
que donde ya Pilico escribaba...
no quedé;*

*¡tumba, tumba, la, le, le! ¡Tumba la, la, lo!
¡que donde ya Pilico esclava... no quedó!*

Fragmento bien expresivo de los dedicados a San Pedro Nolasco. Y antecedente directo de los poemas negristas del cubano Nicolás Guillén. ¿Cómo no recordar su "Sóngoro Cosongo"? Pero esta atención por las gentes humildes de color no era en Sor Juana Inés una exclusiva predilección por los temas indigenistas, ya que la extendió también al vasco o al portugués y a los mismos españoles que no hablaban bien el castellano; es decir a cuantos chapurreaban la lengua madre y hegemónica en las tierras hispanas. En estos cantos populares como en los panegíricos aztecas o en el tocotín indio ve Chávez una tendencia social en la que no cree Karl Vossler que ve en ello "un juego formal humorístico". En su teatro, como en "El Divino Narciso", hay danzas y cantos mexicanos. La afición de Sor Juana Inés a estos temas populares no puede desconocerse. Las letras para cantar tonos y bailes son significativas. Así aquellas de música regional que llaman "El Cardador", graciosa y ligerísima:

*A Belilla pinto
tengan atención,
porque es de la Carda
por el Cardador.*

.....
*Ambar es, y algalia
la respiración,*

*y así las narices
andan al olor.*

.....
*Pie a quien de tan poco
sirve el calzador
que aun el Poleví
tiene por Raplón.*

*Este es de Belilla
no es retrato, no;
ni bosquejo, sino
no más que un borrón.*

Del mismo tipo es otra letra para "tono y música regional que llaman San Juan de Lima", otro retrato ligero a la "Agrisima Gila" en que predomina lo agrio, sin faltar lo poético, de la retratada:

*Son aceitunados
tus ojos, y están
bien aderezados
de orégano y sal*

.....
*Al coturno de oro
los ojos se van,
mas si experimentan
píldora al tragar;
si este tu retrato
muy agrio no está,
ponle tú la hiel
de tu natural.*



Desde luego la serie romance predominó en su obra. Con ella compuso mucho de su teatro. Y llegó al virtuosismo como en aquél de "pintura no vulgar en ecos" dedicado a la virreina condesa de Galve que comienza así:

*El soberano Gaspar,
par es de la bella Elvira,
vira de amor más derecha
hecha de sus formas mismas.
Su ensortijada madeja
deja, si el viento la enriza,
riza tempestad que encrespa
crespa borrasca a las vidas.*

.....

También tiene Sor Juana Inés composiciones ligeras de buen humor. La redondilla satírica la maneja con soltura como aquella que "con un desengaño" dirige a "una presumida de hermosa":

*Que te den en la hermosura
la palma, dices, Leonor;
la de Virgen es mejor,
que tu cara lo asegura.*

*No te precies con descoco
que a todos robas el alma,
que si te han dado la palma,
es, Leonor, porque eres coco.*



Retratos de los virreyes D. Sebastián de Toledo
y Fray Payo Enríquez de Rivera, contemporáneos de Sor Juana Inés de la Cruz



La Catedral de México



Así tiene otras ingeniosas como aquella en que descubre la estirpe a “un borracho linajudo” en que le dice que los reyes de que descende más que de espadas “debieron ser de copas”.

Su maestría métrica le permitió revestir de pompa ornamental los versos decasílabos a los que dió gran sonoridad con los esdrújulos iniciales: en serie romance como el que pinta “la proporción hermosa” de la condesa de Paredes:

*Lámina sirva el cielo al retrato,
Lísida, de tu angélica forma;
cálamos forme el sol de sus luces,
sílabas las estrellas compongan.*

*Cárceles tu madeja fabrica,
dédalo que sutilmente forma
vínculos de dorados Ofires,
tíbares de prisiones gustosas.*

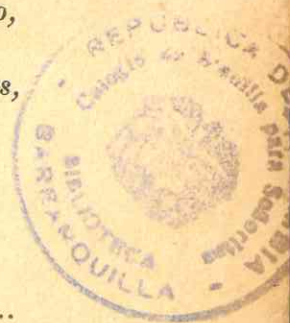
.....

*Lámparas tus dos ojos, febeas
súbitos resplandores arrojan,
pólvora que a las almas que llega
tórridas abrasada transforma.*

.....

*Lágrimas de la aurora congela,
búcaro de fragancias, tu boca,
rúbrica con jazmines escrita,
cláusula de coral y de aljófár.*

.....



*Pámpanos de cristal y de nieve,
cándidos tus dos brazos provocan
Tántalos los deseos ayunos
miseros sienten frutas y ondas.*

*Dátiles de alabastro, tus dedos
fértiles de tus dos palmas brotan;
frígidos si los ojos los miran,
cálidos si las almas los tocan.*

*Bósforo de estrechez, tu cintura
cíngulo ciñe breve por zona
rígida (si de seda) clausura,
músculos nos oculta ambiciosa*

.....

A este preciosismo, a esta filigrana poética, llevaba Sor Juana Inés su extrema habilidad métrica, su dominio también decidido del arte mayor. La poesía hispana de los siglos de oro se había extremado en los sonetos. La perfección técnica que, como instrumento métrico alcanzaron, fué sorprendente. Aun en poetas españoles de segundo orden, se encuentran sonetos admirables. Sor Juana Inés que escribió más de sesenta, los tiene magníficos. Dice Amado Nervo que "soneteaba con una técnica que no desdenara Heredia". El primer soneto de Sor Juana Inés fué muy conocido y la hizo famosa. Lo compuso cuando aun no había cumplido los catorce años y ya era dama de honor de la marquesa de Mancera. Ya lo hemos citado. Lo motivó la muerte del rey Felipe IV (1665) y acaba diciéndole en el último terceto:

*Y así, subiendo al bien que el cielo encierra,
que en la tierra no cabes, has probado,
pues aun tu cuerpo dejas porque es tierra.*

Su clara inteligencia, tan capaz para el soneto y el retruécano, quedaba ya de manifiesto. Dos años más tarde escribía otro para celebrar el mérito del poema descriptivo que el presbítero Diego de Ribera compuso en la dedicación de la catedral de México (22 de diciembre de 1667). El soneto laudatorio iba a ser de su gusto. Así son muy notables los dictados por la amistad cariñosa que sintió por la marquesa de Mancera, su favorecedora D.^a Leonor de Carreto, a quien cantó en vida con el nombre de Laura; o a la condesa de Paredes y marquesa de la Laguna de la que, con toda devoción cortesana, se llamaba criada; y, a ambas calificaba de "divinas". No sólo dedicó sus sonetos y elogios a los poderosos soberanos virreinales, sino a cuantos se destacaban en el ámbito mundial. Así alaba con especial acierto a un músico primoroso ("Dulce deidad del viento armoniosa") o al númen poético del P. Francisco de Castro que, en un poema heroico, describió la aparición milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe que, según el primer cuarteto, pasaba de Rosa de Castilla a Rosa Mexicana; o la sabiduría y modestia del P. Baltasar de Mansilla, confesor de la Virreina; o los méritos que aplaude del P. Eusebio Francisco Kino, jesuíta como los dos anteriores, que conquistó gran fama de astrónomo explicando científicamente el fenómeno del cometa de 1680 contra las supersticiones populares, en que lo califica de "soberano"

y le dice que dió luz a luces celestiales; o el saber de un graduado de doctor, haciéndole recordar, frente a la sabia vanidad, gusanos y muerte... Tampoco ha de olvidarse el soneto que dedicó a su hermano con motivo de su cumpleaños ("Oh, quién, amado Anfriso, te ciñera — del mundo las coronas poderosas"). También los compuso elegíacos como los que dedicó a la muerte de Laura (marquesa de Mancera) en 1674, que comienzan: "De la beldad de Laura enamorados — los cielos la robaron a la altura" y "Mueran contigo, Laura, pues moriste — los afectos que en vano te desean". En ellos el tono de la elegía con su sincera pena alcanza prosopopeyas inspiradas ("valles desdichados"), y epítetos de gran simplicidad y fuerza ("lágrimas negras de mi pluma triste"). Cuando a los cuatro años de estar Sor Juana Inés en las Jerónimas, substituyó al marqués de Mancera como virrey, el duque de Veraguas que murió antes de hacer seis días de su gobierno, la poetisa dedicó tres sonetos a su muerte. He aquí los tercetos finales de uno de ellos:

*Tanto pudo la fama encarecerlo
y tanto las noticias sublimarlo,
que, sin haber llegado a conocerlo,
llegó con tanto extremo el Reino a amarlo,
que muchos ojos no pudieron verlo,
mas ningunos pudieron no llorarle.*

Ya hemos visto alguno de sus sonetos amorosos de extraordinaria inspiración y ejecución, en los que el retorci-

miento ideológico no les hace perder donosura y gracia. En el tema amoroso llega a la perfección. Su maestría la lleva también al virtuosismo. Hay gran belleza en aquel que "sin perder las mismas consonantes, contradice con la verdad aun más ingeniosa su hipérbole" que comienza:

*Dices que no te acuerdas, Clori, y mientes
en decir que te olvidas de olvidarte,
pues das ya en tu memoria alguna parte
en que por olvidado me presentes...*

La pasión a "sonetear" hizo posible que su clara inteligencia y su bien demostrado gusto poético, no le impidieran llegar a rozar la vulgaridad versificadora. Su trato familiar, su amable condescender con las gentes sencillas o curiosas de novedades, la llevó al extremo de aquellos cinco sonetos que compuso en "un doméstico solaz" forzada a las consonantes un tanto vulgares que le dieron para componerlos ("bellaca", "achaque", "barraque" y "caca" fueron las de un cuarteto); pero he aquí los dos tercetos del que comienza "Aunque presumes, Nise, que soy tosco".

*Lo que es de tus picones no me rasco,
antes estoy con ellos ya tan fresco,
que te puedo servir de helar un frasco.*

*Que a darte nieve sólo me enternezco,
y allí, Nise, no pienses darme chasco,
porque yo sé muy bien lo que me pesco.*

Pero sobre estos juegos triunfarán siempre sus sonetos amorosos a los que puede emparejarse el que dedicó a un retrato y que aparece en dos de los que a ella le hicieron. Su alma finísima, su concepto religioso del pensar y sentir, su inspiración prodigiosa, su suprema explosión de vanidad en penitencia, su humanismo y divinismo están en estas estrofas de inolvidable realización y que ante el bellísimo cuadro de Miranda, tienen una emoción intensa:

*Este que ves, engaño colorido,
que, del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores,
es cauteloso engaño del sentido.*

*Este, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado;
es una necia diligencia errada;
es un afán caduco, y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.*

De tan magnífica factura son otros tres considerados como sus mejores sonetos. Comienzan "Detente, sombra de mi bien esquivo", "Diuturna enfermedad de la esperanza" y "Rosa divina que en gentil cultura". Su dominio del endecasílabo era tan firme como en el octosílabo. Sus juegos

endecasílabos satisficieron el virtuosismo a que la obligaba la amistad insaciable de su habilidad métrica. Como ejemplo el "Laberinto endecasílabo para dar los años la Excelentísima Señora Condesa de Galve al Excelentísimo Señor Conde, su esposo". Según se instruye en paréntesis que antecede al poema: "Léase tres veces, empezando la lección desde el principio o desde cualquiera de los dos órdenes de rayas":

*Amante — caro — dulce esposo mío,
festivo y — pronto — tus felices años,
alegre — canta — sólo mi cariño
dichoso — porque — puede celebrarlos;
ofrendas — finas — a tu obsequio sean
amantes — señas — de fino holocausto:
al pecho — rica — mi corazón joya,
al cuello — dulces — cadenas mis brazos,
te enlacen — firmes — pues mi amor no ignora
ufano — siempre — que son a tu agrado
voluntad — y ojos — las mejores joyas
aceptas — solas — las de mis abrazos*

.....

Y así siguen — con finezas de esposa a esposo — hasta veinte endecasílabos más. No son ciertamente estos versos una gloria para Sor Juana Inés pero sí demuestran su buena voluntad y su bondad como obrera infatigable de la poesía. Al fin es un juego familiar y de ocasión de cumpleaños.

El poeta cordobés Góngora — gran señor del genio poé-

tico español del siglo XVII — hacía años que había muerto, cuando nació la Madre Juana Inés. Imitadores y seguidores tuvo muchos. En la Nueva España no podía dejar también de estar de moda. Su mágico prestigio en bellezas y dificultades técnicas tan necesitadas a veces de transcripción, no podía pasar desapercibido para la monja jerónima tan ávida de saber y de poesía. Y así ya en 1668, aun adolescente, escribe un difícil soneto culterano: "Suspende, cantor cisne, el dulce acento". Este culteranismo lo mantiene en poemas como "Océano de colores", "Simulacro político" y "Neptuno alegórico... y Explicación del arco triunfal", escrito a la entrada del virrey conde de Paredes (1680). Éste, escrito en prosa y verso, en castellano y latín, fué un encargo del Cabildo de la Iglesia Metropolitana. Tenía que idear un arco triunfal detallando cuantas figuras, sentencias y cuadros debían figurar en él. Fué un encargo honroso y que demostraba su gran prestigio en México. Exalta la gloria del nuevo virrey, al que simboliza en Neptuno, "un hijo de Saturno, qué otra cosa puede significar que haber surgido del tronco de la dinastía española, de la cual han nacido tantas divinidades terrenales". El grandioso arco se levantó en el portal oeste de la Catedral que había sido terminada hacía doce años, bajo el virrey marqués de Mancera. En el poema se explica ideológica y complicadamente el arco.

Pero fué el poema titulado "Primer Sueño" — ya citado y obra de su madurez, se aproximaba a los cuarenta años — donde nos dió un gran ejemplo de poesía culterana a la manera del "príncipe númen de D. Luis de Góngora

en sus Soledades". Desde el punto de vista métrico demostraba lo bien que sabía combinar el endecasílabo con el heptasílabo en la serie silva en la que llegó a estancias de excelente factura como sus "Liras que dan encarecida satisfacción a unos celos", que se consideran justamente como maestras. Mas fué en la técnica, estructura y contenido del "Primer Sueño" en los que Sor Juana Inés demostró sus excepcionales dotes y talentos intelectuales y poéticos.

Contiene el desarrollo verdadero de un sueño que la misma, sabia e ilustre religiosa, nos lo ha explicado: "Siendo noche me dormí; soñé que de una vez quería comprender todas las cosas de que el Universo se compone. No pude, ni aun divisar por sus categorías ni a un solo individuo. Desengañada, amaneció y desperté". Esta sencilla intención de "comprender" y el desencanto de no lograrlo, fueron los motivos para que la poetisa, en los más vivos y, al mismo tiempo, claros y misteriosos tropos, nos hiciese comprender en sus ricas alegorías, en sus inversiones, circunloquios y metáforas, su suprema ambición de saber como si se tratara de un poema sinfónico dedicado al motivo abstracto de la Sabiduría. Como dice Vossler "Asombrarse y asombrar era el programa consciente de la poesía barroca; pero aquí ha llegado a ser un estado de ánimo real y, por decirlo así, legítimo, una sensación poética y un motivo fértil". Este motivo para el ilustre hispanista germano es también fácilmente destacable: "yo lo resumiría diciendo — escribe — que es un asombro ante el misterio cósmico de los fenómenos, hombre y mundo". Es

un poema de gran sutileza y elegancia. Sor Juana Inés dijo de él modestamente: "Yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos, de tal manera que no me acuerdo haber escrito por mi gusto si no es un *papelillo* que llaman el *Sueño*"; pero este papelillo ha asombrado a la crítica europea moderna. El mismo Vossler llegó a decir: "¿Cómo es posible que sonidos tan preñados de futuro salgan de pronto de un convento mexicano de monjas?" La crítica americana ha sido también admirativa. Ezequiel Chávez — que ha analizado minuciosamente la silva — afirma que va "desde la concepción helénica y luego la medieval de la noche y del descanso de todas las criaturas, a una explicación fisiológica del sueño mismo y de los ensueños; a otra psicológica y a una manera de entender el alma, que a la par la refiere también a los ensueños" y que es "el triunfo de la claridad del espíritu de ella misma, que con profusa radiación, esplende". Y Julio A. Leguizamón asegura que "supera el esquema medieval de los sueños didácticos, en un definido propósito de poética racionalidad". Este hondo sentido del poema y de su contenido (Sueños de la noche y de la "vivenencia nocturna", del "Sueño Universal del Mundo", "Del Hombre o Sueño Fisiológico", "Sueño de los Sueños", "Del Sueño de la Persecución del Conocimiento" y "Sueño del Despertar") está expresado en un estilo transparente y flúido. Y, acertó tan bien el estilo que, según el P. Juan Navarro Vélez, es el más heroico y el más propio del asunto, pues encierra la batalla entablada entre la Claridad y la Tiniebla, en los escenarios inconmensurables de la tierra

y de los cielos. Veamos un fragmento de lo más gongorino de la obra de Sor Juana, las silvas de su despertar:

*Los miembros extenuados,
del descanso, cansados;
ni del todo despiertos, ni dormidos,
muestras de apetecer el movimiento,
con tardos esperezos,
ya daban, extendiendo
los nervios, poco a poco, entumecidos;
y los cansados huesos,
— aun sin entero arbitrio de su dueño —
volviendo al otro lado,
a cobrar empezaron los sentidos,
— dulcemente impelidos
del natural beleño, —
su operación, los ojos entreabriendo;
y, del cerebro ya desocupado,
las fantasmas huyeron;
y — como de vapor leve formada, —
en fácil humo, en viento convertida
su forma — resolvieron ...*

Quando el sueño se deshace y el sol destruye las tinieblas y las cosas visibles vuelven a sus colores y los sentidos se incorporan a percibirlos "el mundo iluminado" y ella "despiertan". Ésta fué la obra poética cumbre de su intelectualidad y de su formidable equilibrio entre el arte de la fantasía y la ciencia. Correspondía a su temperamento

general de artista selecta. Por esto se distinguió no sólo como teorizadora de la música, como ya citamos, sino como ejecutora de ella. Y esta noción de los sonidos que tan bien sentía y conocía en su técnica, le permitió también ser pintora (pintó su propio retrato) y llegar al arte minucioso y preciosista de la miniatura (recuérdese la décima "En un anillo retrató a la señora condesa de Paredes"). Al lado de este temperamento artístico fué científica y entendió especialmente en Astronomía y Matemáticas. Pero como ella misma dijo, para divertir sus tristezas, dió en tener la manía de la música. Ésta era para ella un deleite, mas el verso era una absoluta necesidad de su expresión. Era admirable su espontaneidad. Versificó no sólo en metros distintos sino en idiomas diversos. Fué poetisa, a pesar suyo y de las represiones paternas en la infancia; a prueba de las dificultades monásticas en su convento. Como ella decía fué un natural impulso que Dios puso en ella: "Su Majestad sabe por qué y para qué".



VIII

El teatro de Sor Juana Inés de la Cruz

"La idea poética fundamental se destaca en el curso de la acción, en discursos y controversias sofisticas, especulativa y musicalmente relumbrante y resonante."

KARL VOSSLER

La más alta calidad lírica de Sor Juana Inés, no le impidió tener un pulcro concepto de la dramática que también cultivó con éxito. El tono monjil y de ocasión de las composiciones, el estilo barroco teatral y su desconocimiento del arte escénico, no impidieron que nos pudiese dejar unos afortunados ejemplos de sus posibilidades dramáticas. Hay un deseo de dialogar, de cambiar impresiones en toda su obra que nos hace pensar en el juego escénico. Y así, como piezas teatrales, tenemos que tratar sus loas, sus villancicos y sus letras para cantar. La loa que se le premió a los ocho años, según nos refiere el vicario de Amecameca y a la que hemos aludido, es un ejemplo de sus capacidades para construir dramáticamente. Ésta estaba consagrada al Santísimo Sacramento. Pero, además

de religiosas, tiene alguna de circunstancias. A los villancicos, tan graciosos y tan populares y a sus diálogos tan llenos de dinamicidad y criollismo ya hemos aludido.

La obra teatral de Sor Juana Inés se reduce a tres autos sacramentales y a dos comedias. Los críticos coinciden en el gran valor de los primeros sobre las segundas a las que se consideran superiores. Son tres: "El Divino Narciso", "El Cetro de José" y "San Hermenegildo". En cuanto a éste es histórico y alegórico, con algunas buenas situaciones dramáticas y mejores versos. El que se titula "El Cetro de José" ha sido juzgado de poco mérito. Todos los elogios han coincidido en "El Divino Narciso" (1690). Ya Menéndez Pelayo destacó sus bellezas y se maravillaba que hubiese surgido de "una monja ultramarina, cuyos versos se imprimían con el título de *Inundación Castálida*". El hispanista germano Karl Vossler lo considera uno de los más bellos de la literatura española. El mito — ahora teatral de Sor Juana Inés — convierte a Narciso en el Hijo del Hombre que busca a la Pecadora. Como soberana prueba de amor, instituye la Sagrada Encaristía. La estructura y la técnica del auto siguen los de Calderón. Pero personas y juego escénicos adquieren un matiz criollo y típicamente mexicano. Indios e indias intervienen. Así El Occidente es un "indio galán con corona". El fragmento más bello y muy elogiado por Menéndez Pelayo es aquel en que la Naturaleza busca, fatigada y sin sosiego, a Narciso y sólo huellas encuentra en las breñas. En el prado, por estar florido, supone que han pasado sus plantas; ha examinado una por una selva, flor y planta; ha

recorrido regiones, entre trabajos, hierros y prisiones, y derramó ríos de lágrimas... Entonces interroga a las ninfas del prado y les describe al "querido de su alma" Y les da sus señas:

*Si queréis que os dé señas de mi amado,
rubicundo esplendor le colorea,
sobre jazmín nevado,
por su cuello rizado Ofir pasea;
los ojos de paloma, que enamora,
y en los raudales transparentes mora.*

Y en las otras estancias sigue su descripción: su aliento exhala mirra, sus manos son al torno, y llenas de jacintos, blanco cuello suavísimo y ebúrneo. Y, con los mejores acentos de la lírica del siglo XVI española, sigue interrogando:

*Decidme dónde está el que mi alma adora,
o en qué parte apacienta sus corderos,
o hacia dónde a la hora
meridiana descansan sus luceros,
para que yo empiece a andar vagando
por los rediles que le voy buscando.*

Mas la Naturaleza ve cumplidas las semanas misteriosas de Daniel y las profecías de Isaías: Ya nació el hijo delicado, el niño hermoso y bello, "rey y padre del siglo venidero". Y la poesía se acerca a Dios, en místico deliquio:



*¡Oh, mi divino amado, quién gozara
acercarse a tu aliento generoso,
de fragancia más rara
que el vino y el unguento más precioso!
Tu nombre es como el óleo derramado
y por eso las ninfas te han amado.*

Y así corre tras sus amores, bajo los ardores del sol, hermosa aunque negra; mas ve a una pastora y beldad peregrina... Estas estrofas del auto recuerdan — como advirtió Menéndez Pelayo — las más puras esencias místicas y sus fuentes son el “Cantar de los Cantares” y, sobre todo, “El Cántico Espiritual” de San Juan de la Cruz que, no en vano, figuraba entre los libros que más a mano tenía Sor Juana Inés en su celda, como lo prueba el retrato de Miranda. Este pasaje lírico es la cumbre de este auto que comienza con aquel prólogo tan mexicano de cantos y danzas religiosas al dios de la siembra. Trata de la subversión de los indios y desarrolla el mito de Narciso, del hombre que sólo se ama a sí mismo y pasa a ser el Redentor. La Naturaleza lo busca amorosa. El antagonista es Lucifer — en forma de la ninfa Eco — que tienta a Narciso y pone obstáculos a que se encuentren los amantes. En las aguas Narciso se contempla a sí mismo. Entonces descubre también en ellas el reflejo de la amada. La oposición — Eco, con la Soberbia y el Amor Propio — quiere perder a los amantes. Las palabras de Eco son torpes, balbuceantes, dictadas por la cólera... Mientras, Narciso se arroja al agua. En medio de un terremoto las ninfas lloran. Eco también.



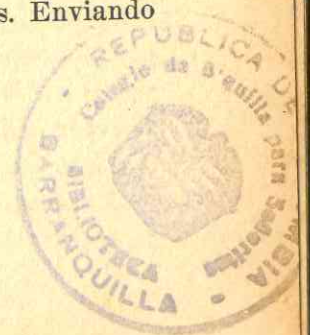
Carlos II adorando el Santísimo Sacramento.
Detalle del retablo de la Sagrada Forma, por Claudio Coello.
Sacristía de El Escorial

Pero resurge de las aguas Narciso más bello que nunca. Entonces, para estar unido siempre con la amada, instituye la Eucaristía.

No es una novedad "El Divino Narciso". La mezcla de hondo misticismo, de alta poesía religiosa, con los mitos paganos, de un difuso sensualismo, eran muy aprovechados en el mundo cristiano de la literatura hispana. Sor Juana Inés supo equilibrarlos con un arte, con una pureza, con una femenina sensibilidad que el misterio religioso que contienen se exalta en un candor pastoril, en una fina poesía digna de Garcilaso. Nada puede probar mejor la compenetración del mundo virreinal con España que estas manifestaciones de exaltación religiosa con personajes abstractos, pertenecientes o derivados del mundo bíblico y con los misterios de la Redención y que siempre terminan con la apoteosis eucarística. Caso vivo de comprensiones comunes a uno y otro lado del mar. Y fué tan íntima esta comprensión que había obras americanas que se atribuían a Tirso o a Lope o viceversa. En el auto calderoniano Sor Juana Inés tendrá siempre un puesto con su "Divino Narciso", noble flor de la Nueva España al teatro religioso hispano.

A la monja jerónima se deben dos comedias. Enviando una de ellas, la presentaba con esta décima:

*Va de exornación escasa
la comedia que he trazado,
aunque para vuestro agrado
no sé si es buena la traza.*



*Si por larga os embaraza,
sus jornadas dilatadas
van a vos encaminadas;
y no es bien que cause espanto,
que para caminar tanto
aun son pocas tres jornadas.*

Comprendía bien la monja mexicana el verdadero sentido de síntesis que debe tener el teatro. "Caminar tanto" en tres jornadas no es fácil. Ella lo entendía bien y no siempre podía dominar las dificultades. La opinión que tanto ha elogiado sus poesías líricas, ha señalado numerosos lunares a su teatro. Compuso dos comedias: "Los empeños de una casa" y "Amor es más laberinto". Esta última, basada en el asunto mitológico de Teseo, se considera inferior a la primera por el uso del mito y por más culterana. El segundo acto es del bachiller Juan de Guevara, "ingenio conocido de la ciudad de México" y primo de Sor Juana Inés. Esta colaboración de Guevara ha sido considerada por alguno como "infelicísima" y la creen el motivo más fuerte de la inferioridad de la comedia. La misma monja confesaba que fué hecha "contra el genio", es decir obra de encargo, no grata a la poetisa. Nervo es benévolo con la comedia. La encuentra "divertida, ágil y graciosa"; y nos señala un diálogo que le llama la atención por su frescura y facilidad como el de Baco y Racimo o como las décimas que declama el rey en la jornada tercera.

Los autores coinciden en admirar como su mejor obra de teatro "Los empeños de una casa", una comedia de capa

y espada a la manera de Calderón. Mesonero Romanos hizo de ella una buena estimación y preferencia: "Se acerca más a la buena comedia, demostrando que a su claro ingenio y natural agudeza no le estaban negados los caminos del buen gusto, y que, si no fuera por aquella fascinación propia de la época en que escribía, no hubiera sido esta sola composición en la que hubiera dado a conocer su competencia para las dramáticas". Tiene esta obra un valor enorme como síntesis y antología de las capacidades teatrales de Sor Juana Inés. "Los empeños de una casa" consta de tres jornadas, precedidas de una Loa, y con tres Letras para canto y dos Sainetes intercalados. Para apreciar la comedia pudiera pensarse en lo que el criado Castaño, gracioso de la comedia, dice en una dificultad:

*Bien esgrimas abanico
o bien arrastres contera,
inspírame alguna traza
que de Calderón parezca
con que salir deste empeño.*

Empeño y enredo dentro de las resoluciones tradicionales del teatro español. La acción en Toledo por personajes que proceden de Madrid. Observemos la movilidad de ellos y el dinamismo de la acción. D.^a Ana confiesa a su criada Celia que en aquella capital la solicitó amante D. Juan y que ella le correspondió. Pero su hermano D. Pedro que para arreglar un asunto fué a Toledo y se quedó en la ciudad enamorado y no correspondido, sobornó a una criada

y supo que su amada se iba a salir de casa con su amante y, fingiéndose Justicia, se disponía aquella misma noche de tener al raptor y a ella depositarla en la casa de su hermana D.^a Ana. El amante de ésta, D. Juan, que ha llegado a Toledo, también nota cierto desdén porque D.^a Ana se ha enamorado de otro. Cuando D.^a Ana ha hecho sus confidencias a Celia, llaman a la puerta. Los planes de D. Pedro están en realización. Se anuncia la justicia y entran unos embozados con la avergonzada y llorosa D.^a Leonor que en un extenso romance explica su vida a D.^a Ana. Los eruditos y biógrafos han considerado este romance como un intento de autobiografía de Sor Juana Inés de la Cruz y cuya idea fundamental parece estar basada en cómo la mujer sabia o inteligente encuentra la admiración de todos pero no la felicidad: es sabia pero desgraciada o no dichosa. Y así desde su cuna noble (“entre plebeyas desdichas — hacer respetos honrados”) y con su belleza y discreción y su afición a los estudios, redujo “a tiempo breve, fatigas de mucho espacio”, pues — aunque venerada de todos — fué descuidada por sus padres. Y a la D.^a Leonor — heroína de la comedia — la ha enamorado un caballero cuyas atracciones describe en magnífico retrato:

*Era su rostro un enigma
compuesto de dos contrarios,
que eran valor y hermosura,
tan felizmente hermanados,
que faltándole a lo hermoso
la parte de afeminado,*



*hallaba lo más perfecto
en lo que estaba más falto;
porque ajando las facciones
con un varonil desgarro,
no consintió a la hermosura
tener imperio asentado...*

así como en una etopeya expresiva:

*En los desdenes sufrido,
en los favores callado,
en los peligros resuelto
y prudente en los acasos.*



Y D.^a Leonor justifica que lo amase, explica su fuga, su encuentro con un primo suyo que la quiere libertar y es atravesado por la espada de su amado que cree ha sido detenido por la justicia. D.^a Ana queda maravillada pues el caballero que ama a D.^a Leonor es el mismo a quien ella ama y por el que muestra desvío hacía D. Juan. Luego entra D. Carlos — el galán que ambas aman — con la espada ensangrentada, seguido de su criado Castaño, el gracioso. D. Carlos pide amparo a D.^a Ana que se lo concede. Encuentra la ocasión a la medida del deseo y lo esconde en pieza a donde nunca se llega su hermano. Después entra D. Rodrigo, padre de D.^a Leonor, con Hernando, su criado. Éste le dice que cree que el raptor es D. Pedro. La Primera Jornada termina después que Leonor es también solicitada por D. Juan y D.^a Ana se entera; y D. Juan — al saber

a D. Carlos allí — tiene celos de él así como D.^a Leonor pues ambos creen su presencia como indicio de que es amante de D.^a Ana que esconde de su hermano a los dos galanes. D. Pedro solicita de amor a D.^a Leonor que le ruega no apure más su dolor. D. Carlos queda maravillado de ver juntos a D.^a Leonor, D.^a Ana y D. Pedro. Entonces oyen todas aquellas coplas:

CORO 1.^o — *¿Cuál es la pena más grave
que en las penas de amor cabe?*

VOZ 1.^a — *El carecer del favor
será la pena mayor,
puesto que es el mayor mal*

CORO 1.^o — *No es tal.*

VOZ 1.^a — *Sí es tal.*

CORO 2.^o — *¿Pues cuál es?*

VOZ 2.^a — *Son los desvelos
a que ocasionan los celos,
que es un dolor sin igual!*

CORO 2.^o — *No es tal.*

VOZ 2.^a — *Sí es tal.*

CORO 1.^o — *¿Pues cuál es?*

VOZ 3.^a — *Es la impaciencia
a que ocasiona la ausencia,
que es un letargo mortal.*

CORO 1.^o — *No es tal.*

VOZ 3.^a — *Sí es tal.*

.....

D.^a Leonor, D.^a Ana y D. Pedro discuten sobre las coplas. También Carlos y Castaño. Los estribillos (“Sí es tal”, “No es tal”) siguen sus disquisiciones dándoles una sonora musicalidad. Celia — que es la que ha introducido a D. Juan en la casa — hace creer a D. Carlos que doña Leonor es enamorada de D. Pedro. D. Carlos quiere sacar de la casa a D.^a Leonor cuando entra D. Rodrigo, padre de D.^a Leonor y D. Juan. D. Carlos — que entonces sabe que D. Rodrigo ignora que él raptó a su hija — va a esconderse para que no le vea D. Pedro y recele de D.^a Ana. D. Rodrigo que cree que el raptor de su hija fué D. Pedro, le pide cumpla matrimonio. D. Pedro, muy complacido, mantiene el equívoco y acepta esa reparación y se separa del anciano como esposo de D.^a Leonor. Entonces D. Carlos encarga a Castaño lleve a D. Rodrigo una carta contándole la verdad (que fué él quien sacó de casa a D.^a Leonor) no sin que antes intente enamorar para vengarse a D.^a Ana. Mientras tanto D.^a Leonor, que ya sabe el compromiso de su padre, pide a Celia que la deje salir para ir a una celda. Mientras aquélla busca el manto, la criada avisa al enamorado señor. Sale D. Juan con la llave que del jardín le dió Celia; Castaño no encuentra otro medio de salir, para cumplir el encargo de su amo, que disfrazado de mujer. D. Pedro cree que es D.^a Leonor y tienen un diálogo grotesco y gracioso en que el caballero oye a la que cree su dama decir que se va porque la matan de hambre en aquella casa y otras vulgaridades; hasta llegar, para salir del paso, a decirle que aquella misma noche será su esposa. Dentro de la escena D. Juan y D. Carlos riñen con sus espadas.

Así aparecen hasta que D.^a Ana los separa. Como entra entonces D. Pedro, Castaño apaga la vela y los deja a obscuras. Los personajes tropiezan unos con otros: doña Leonor que entra ya con el manto, tropieza con D. Carlos que la cree D.^a Ana y, como caballero para salvarla del riesgo, quiere salir con ella. D.^a Leonor — con tal de salir — se deja llevar por el desconocido. Castaño busca la puerta inútilmente hasta tropezar con redomas en una alacena. D.^a Ana tropieza con D. Juan a quien cree D. Carlos. D. Pedro busca a todos los caballeros para reñir. Cuando Celia entra con una lanza, D. Pedro tropieza con Castaño a quien — por creer Leonor — ordena recogerse en espera de las bodas. Lo encierra. Entran D. Rodrigo y Hernando. Aquél ha averiguado cosas que le hacen suponer dilaciones en D. Pedro y viene a acelerar. Entran otra vez D.^a Leonor y D. Carlos. Éste aun cree que es D.^a Ana. D.^a Leonor ya lo ha reconocido. Carlos quiere evitarse el compromiso de ella y buscar a Leonor cuanto antes; y así la confía a D. Rodrigo que cuenta como caso de honor a D. Pedro la salida de casa de su hermana con D. Carlos. Pedro se dispone a ser “ahora” esposo de Leonor y accede a que su hermana se case con D. Carlos. Cuando éste entra de nuevo, el anciano le habla de parabién. Carlos cree que ya recibió el escrito que le llevó Castaño. Pero cuando le dan a la que cree D.^a Ana, la rechaza porque él es de Leonor. Hay una gran confusión y vuelven a empuñar las espadas. Cuando salen D.^a Ana de la mano de D. Juan (que cree D. Carlos) como esposos, Pedro llama “divino dueño” a Castaño (que cree es Leonor) pero D. Carlos se opone. La

verdadera D.^a Leonor lo detiene descubriéndose ante la admiración de D. Pedro que la ve “aquí y allí”, y quiere matar a Castaño por el engaño. Todo se arregla. D. Rodrigo recibe por hijo a D. Carlos y D. Pedro, que queda corrido, accede a la boda de su hermana con D. Juan. Castaño y Celia bromean también.

Más que los empeños debiera decir los engaños pues éstos se suceden amparados en el tapado de las damas. Los caballeros parecen afanarse y correr tras apariencias. Por esto puede mantenerse el que uno de ellos haga el amor a hombre vestido de mujer. ¿Fué la intención de Sor Juana Inés darnos una visión simbólica de la vida ficticia del Palacio? ¿Quizá de la frivolidad que en él ella había apreciado? ¿De la inconstancia amorosa de hombres y mujeres? ¿No fué éste también el tema de una comedia de su paisano Ruiz de Alarcón? Maravilla en Sor Juana Inés el arte de enredarlo todo y mantener al mismo tiempo, un noble nivel poético, la habilidad de las cosas vulgares dichas con gracia y sencillez, incluso en las figuras de gracioso como Castaño. Las tres jornadas desarrollan desordenadas anécdotas e incidentes. Todo enredado llega al final en que se produce la solución lógica y moral a todas las equivocaciones. Las interpolaciones musicales que, a veces, se entrelazan con los mismos diálogos de los personajes, tienen la mejor factura de nuestro teatro clásico.

Precede a la comedia una extensa loa de personajes abstractos reunidos para celebrar cuál de las dichas es la mayor. Salen el Mérito, la Diligencia, la Fortuna y el Acaso, convocados por la Música. Cada uno expone sus

razones y discuten. Por fin invocan todos a la Dicha — diálogo rápido y de una gran musicalidad. La Dicha aparece a son de clarín entre descorridas cortinas y corona y cetro. Los personajes la saludan con sus epítetos más elogiosos. La Dicha se dispone a ser árbitro y los reconoce a todos. El teatro necesita de las cuatro. La loa acaba en elogio del llegado virrey (“Bien venido sea — el Cerda, que pisa — la cerviz ufana — de América altiva”) a quien honran todos como gran dicha (“fué la dicha de su entrada — la entrada de nuestra dicha”). Sigue a la loa una Letra dedicada a la virreina, condesa de Paredes (la “divina Lisý”) que se cantó antes de la comedia. Es un romance de elogio. Entre la Jornada Primera y la Segunda se cantó otra Letra que es una endecha que comienza “Bellísima María”, otro encendido elogio de la condesa de Paredes. Aun se cantó otra Letra al acabar la Segunda Jornada, endecha ahora dedicada a José, el niño de los virreyes (“Tierno pimpollo hermoso”).

Acompañan a la comedia también dos sainetes de interés. El “Sainete Primero de Palacio” cuyos interlocutores son cinco personajes simbólicos (Amor, Respeto, Obsequio, Fineza y Esperanza) y uno de autoridad (“Un Alcalde”). Aquéllos son “entes de Palacio” a los que el Alcalde saca a plaza porque, aunque invisibles, han de parecer reales. El premio en el Palacio es el Desprecio. Si se piensa en la página biográfica virreinal de Sor Juana Inés ha de considerarse que le quedó de ella un amargo sabor. De todos los personajes el que habla más amargamente decepcionado es el Amor, porque en Palacio, “quien no es amante

es grosero”. La Esperanza (“¡Una villana en Palacio!”) cree que ella merece el Desprecio... Pero el Alcalde sentencia:

*Pues sepan que en Palacio,
los que lo asisten,
aun los mismos desprecios
son imposibles.*

La intención de satirizar debilita la gracia sencilla y poética del sainete. El “Sainete Segundo” tiene un interés mayor para el teatro. Sus interlocutores, antes de comenzar la Jornada Tercera de la comedia, comentan su desarrollo. Son los actores que mientras descansan sus compañeros, murmuran del autor. Las dos jornadas transcurridas las encuentran “más largas que un correo”, “los versos forzados” y el veneno de la murmuración al salir los descansa. Comedia “larga y sin traza”, obra de estudiante y principiante cuyos versos le apuntan como el bozo; que hubiera sido mejor para festejar al Virrey elegir algo de Calderón, Moreto o Rojas porque así no habría silbos. Bromea Sor Juana Inés con la “Celestina”, “mestiza” y “a retazos” y hubiera sido mejor representarla ya que “nunca son pesadas — las cosas que por agua están pasadas”. Arias y Muñiz idean acabar la representación fingiéndose mosqueteros y organizando una silba... Acevedo, el autor, quiere ahorcarse y, aunque Muñiz le dice que los silbos se hicieron para los hombres, él dice que para los toros. A la broma se une lo de la “s” española (“Gachupines parecen — recién venidos”, dice Acevedo). La silba continúa hasta

que Acevedo promete no hacer otra comedia. El sainete acaba entre silbidos y entre coplas con aire de seguidilla. Es una broma sana y un aire de originalidad afecta a la comedia autosatirizada. Es un antecedente a la comedia "El Café" de Moratín como sátira benévola contra los malos dramaturgos. Además, como interpolación ligada al cuerpo de la comedia, podría considerársele algunos valores pirandellianos, aunque no falten otros antecedentes dentro de la literatura hispana.

Muestran estos sainetes el buen humor de Sor Juana Inés de la Cruz. Y todo este conjunto de composiciones que constituyeron una representación virreinal, forman cuerpo teatral con "Los empeños de una casa", una muestra del genio dramático de la monja jerónima.



IX

Crisis de una vida

"¿De dónde a mí tanto favor?
¿Por ventura soy más que una pobre monja, la más mínima criatura del mundo y la más indigna de ocupar vuestra atención?"

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

No había Sor Juana Inés abandonado sus deberes religiosos. Escrupulosamente atendía sus horas de coro, observaba fielmente la Regla, y su colaboración a las tareas conventuales era total y absoluta. Sus hermanas la designaron contadora y lo fué durante nueve años. También gobernó el archivo conventual. Estos cargos eran nuevas restas a sus estudios. La devoción y respetos de las otras monjas hicieron posible que en una ocasión la eligieran abadesa por unanimidad. Ella no lo aceptó. No obstante volvió a ser elegida nuevamente y también se negó a admitirlo. Sus virtudes religiosas corrían pues parejas de su saber y de su inspiración como poetisa. Pero eran tiempos en que la mujer no solía saber tanto ni leer demasiado. Es cierto que sus hermanas la querían muchísimo y que, entre sueños y estudios, hizo su contabilidad. No aceptó ser priora no sólo

por humildad (nunca quiso censurar a nadie pues su natural bondadoso se lo impedía) sino que temía perder el poco tiempo que le quedaba para el estudio. ¿Fue esta pasión profana la que le había de ocasionar disgustos? La primera aldabada fue de una priora de su convento, una mujer "muy santa y muy cándida", según expresión de Sor Juana Inés. Le ordenó que no estudiase más. Sor Juana la obedeció. ¿Había quizá ganado el corazón de la poetisa de Nepantla la vanidad de su talento? ¿Se había ensoberbecido tal vez con los elogios y el entusiasmo que sus versos despertaban en España y en la América Española? Algo debió de haber también. Las sencillas religiosas, las órdenes de las prioras que tal vez pasadas por la crítica de la alta inteligencia de Sor Juana Inés le resultaban discutibles, ¿no harían tal vez tambalearse aquel voto de obediencia hecho sin condiciones en su profesión? Hay una anécdota. Seguramente en una ocasión oyó de su superiora alguna idea que no encontró razonable. Sin poderlo evitar le dijo: — "Calle, Madre, que es una tonta". La priora se querelló contra su súbdita ante el arzobispo Fray Payo Enríquez de Rivera que sentía verdadera admiración por Sor Juana Inés. El prelado se limitó a marginar el pliego querrellosó con esta frase, tan sabia como importuna:

— Pruebe la Madre Superiora lo contrario y se administrará justicia.

La autenticidad de este incidente nos prueba la paciencia de Sor Juana Inés, y también la que con ella tenían, debida, sin duda alguna, a su gran prestigio, a sus grandes amistades en el Virreinato y a lo muchísimo que la

querían sus monjas. ¿No había de sentirse humanamente vana? Y sus prioras, gentes sencillas y de fe sin razonamientos que creían que el estudio era "cosa de Inquisición" — según la propia Sor Juana — ¿no es natural que desconfiasen? Lo cierto fue que una priora santa y cándida le mandó que no estudiase. La prohibición sólo duró tres meses — los tres meses que aquella estuvo en el priorato — y, durante ellos, no tomó un libro en sus manos en estricta obediencia. Pero su incontenible ansia de estudio no descansó un momento. Dejar de estudiar "absolutamente" no lo pudo hacer "porque — como ella nos dice — aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal". Es decir, siguió trabajando sin descanso. Como en el monasterio había escuela de niñas y ella fue maestra de ellas, cualquiera de sus juegos le abría un campo de conocimientos que adquirir o de experiencias que comprobar. Si las niñas jugaban al trompo necesitaba saber cuál era la causa de la duración del impulso impreso; y, si al girar sobre el suelo trazaba círculos o espirales, y así mandaba traer harina para que, sobre una capa de ella, quedase la señal y comprobarlo; si hacían figuritas con alfileres, en unos pintorescos juegos infantiles de época, las figuritas (especialmente el triángulo), le despertaban mil evocaciones religiosas y musicales que llegaban hasta lo esotérico. Su cabeza no descansaba jamás. En su celda, en cualquier sala del convento, sin mirar los títulos de sus libros, le surgían problemas geométricos y de óptica. Por ejemplo, si miraba los techos sus líneas y vigas le despertaba

ban muchas preguntas a propósito de si las miraba cerca o lejos, de un lado o de otro. Es más, si trabajaba en la cocina todo se le volvían experiencias sobre la misma preparación de los alimentos. Cualquier circunstancia era una experiencia de laboratorio y le llegaban las interrogaciones desde los peroles o las sartenes, como el tratar de explicarse por qué los huevos se fríen en manteca o aceite y, en cambio, se deshacen en almíbar o por qué el azúcar se conserva fúido con un mínimo de agua. ¿Quién podría pues hacer descansar aquella cabeza? ¿Quién detendría aquella pasión incontenible de saber que conducía a Dios a través de los libros y a falta de éstos, a través de las cosas? Su salud había sido siempre delicada y “un grave accidente de estómago” hizo que los médicos le prohibiesen el estudio. El separarla otra vez de sus libros — el doloroso apartamiento de ellos — la empeoró notablemente. “Enfermó entonces — dice el P. Calleja — esta prodigiosa mujer: de no trabajar con el estudio. Así lo testificaban los médicos y la hubieron los superiores de dar licencia para que, de fatigarse, viviese”. Volvió a los libros con sed de prohibida poniéndose rigurosos preceptos de no entrar a celda ninguna, porque en todas era tan bien querida que “no podía entrar y salir presto”. Así tuvo que acabar aquel “entredicho”, aquel “precepto casero” que había prohibido el estudio y los libros a la Madre Juana Inés.

Estaba claro que ella necesitaba del estudio y que el separarla de él, no sólo la entristecía sino que empeoraba su salud. Volvió a ella, con el permiso para sus lecturas, el bienestar de las satisfacciones placenteras. Ya dijo ella,

INVNDACION CASTALIDA
DE
LA VNICA POETISA, MVSA DEZIMA,
SOROR JVANA INES
DE LA CRVZ, RELIGIOSA PROFESSA EN
el Monasterio de San Geronimo de la Imperial
Ciudad de Mexico.

Q V E
EN VARIOS METROS, IDIOMAS, Y ESTILOS,
Fertiliza varios assumpros:
C O N
ELEGANTES, SVTILES, CLAROS, INGENIOSOS,
VTILES VERSOS:
PARA ENSEÑANZA, RECREO, Y ADMIRACION

DEDICALOS

A LA EXCEL.^{MA} SEÑORA. SEÑORA D. MARIA
*Luisa Gonçaga Manrique de Lara, Condesa de Paredes,
Marquesa de la Laguna,*

Y LOS SACA A LVZ
D. JUAN CAMACHO GAYNA, CAVALLERO DEL ORDEN
de Santiago, Mayordomo, y Cavallerizo que fue de su Excelencia,
Governador actual de la Ciudad del Puerto
de Santa MARIA.

CÓN PRIVILEGIO.

EN MADRID POR JUAN GARCIA INFANZON. Año de 1689

Portada de la primera edición, impresa en Madrid,
de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz

respecto a su necesidad de estudio, que sus cogitaciones “consumían más espíritu en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días”.

Esta devoción por el estudio le valió la fama en México y en el ámbito español tan enorme en su unidad y extensión. El mundo virreinal sintió admiración y amor por Sor Juana Inés; ella dió a su pueblo mexicano el bien de sus poesías y el alegre espíritu de sus villancicos entrañables. Si en México era popular y admirada, Madrid, capital de las Españas, también le hizo homenaje. En 1689 aparecía reunida su poesía bajo un título extenso y barroco: “Inundación castálida de la única poetisa, Musa Décima, en varios metros, idiomas, estilos, fertiliza varios asuntos con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos: para enseñanza, recreo y admiración”. Éstos eran algunos de los conceptos que figuraban en la portada de aquella edición hoy rarísima y que sacaba a luz el Caballero de Santiago D. Juan Camacho Gayna, entonces Gobernador de Puerto de Santa María. Se debió esta edición al celo de la condesa de Paredes que se empeñó en hacerla cuando ya hacía años que su marido había dejado el Virreinato de México. Debió ser un éxito editorial, ya que al año siguiente de 1690, se reimprimió de nuevo también en Madrid con el título “Poemas” y por el mismo impresor Juan García Infanzón. Este año fué expresivo de la fama de Sor Juana Inés y, entre sus actividades literarias, sacó su auto sacramental “El Divino Narciso”, además de los poemas y villancicos que se cantaban por el pueblo.

Pero también en este año de 1690 se inició la crisis de

la vida de Sor Juana Inés, la que había de cambiar radicalmente los cuatro años que le quedaban de vida.

Ahora dejaría de estudiar definitivamente y se daría por entero a la salvación de su alma. Ya dice Amado Nervo: "La crisis sobre un sermón fué la verdadera crisis en la existencia de Sor Juana". Fué en el locutorio donde surgió la discusión sobre un famoso Sermón del Mandato, pronunciado antes del nacimiento de Sor Juana, por uno de los más famosos oradores católicos de la época, misionero en el Brasil y confesor del rey de Portugal y de la reina Cristina de Suecia, el celebrado jesuíta portugués P. Antonio de Vieyra (1608-1697). ¿Qué ilustrísima persona oyó los razonamientos e impugnaciones de Sor Juana y "la ofreció la impresión a su mano antes que a su esperanza"?, según el P. Calleja. ¿Fué la obediencia la que la lanzó a impugnar al famoso predicador, venciendo su repugnancia a impugnar a nadie? ¿Sería demasiada osadía de la monjita impugnar al que parece que con razón, podía ser calificado, como lo califica el P. Juan Navarro Vélez, "el más docto, más agudo y más grande predicador que ha venerado este siglo" y "monstruo hermoso y agradable de los ingenios"? Sin embargo, Sor Juana lo impugnó con sabiduría, con docto primor y con gran acopio de doctrina sagrada. La "Crisis sobre un sermón de un orador grande entre los mayores" — que el Obispo de Puebla calificó de "Carta Atenagórica" — está llena de contenido y de pasión religiosa, despertó muchos elogios y admiraciones sin número de cuantos consideraban el gran talento y saber de una mujer que podía ya considerarse la primera de su siglo.

Sor Juana admiraba al P. Vieyra hasta el extremo de decir que si tuviera que elegir entre los talentos humanos, elegiría el suyo, "sutilísimo talento", "que al mismo tiempo que disiente enamora con la belleza de la oración, suspende con la dulzura, hechiza con la gracia y eleva, admira y encanta con el todo". Pero creía que en el Sermón del Mandato había hablado sobre él, su vanidad de nacionalidad portuguesa. Al hablar de las finezas de amor de Cristo, Sor Juana creyó adivinar cierto desdén hacia los santos Agustín, Tomás de Aquino y Juan Crisóstomo. "Ninguna fineza de amor de Cristo dirán los Santos, a que yo no dé otra mayor que ella, y a la fineza del amor de Cristo que yo dijere, ninguno me ha de dar otra que la iguale", así había dicho el P. Vieyra. Concretamente para San Agustín la mayor fineza de Cristo fué morir, para Santo Tomás "quedar en el Sacramento sin uso de sentidos" y para San Juan Crisóstomo "lavar los pies a sus discípulos". Pero el P. Vieyra consideró que Cristo había tenido con los hombres finezas superiores y así la de "ausentarse" la consideraba superior a la de morir por ellos. Y Sor Juana consideró estas apreciaciones demasiado presuntuosas. Anduvo sabia, en demasía, con su Crisis. Fueron páginas admirables, llenas con las sutilezas supremas de religiosidad y saber. No podía suponerse que en la última década del siglo XVII hubiese una mujer capaz de tanta erudición que llegase a medirse con uno de los más grandes clérigos de su siglo. Los sacerdotes mostraron su admiración y aprobación ante lo escrito por la monja. No sólo el P. Navarro Vélez, censor del segundo tomo de sus obras, sino también los PP. Fran-

cisco Rivera, Sebastián Sánchez, Calleja y Morejón, que aseguró que "cuatro o cinco veces convencía con evidencia".

Pero se produjo una sorpresa. El Dr. Manuel Fernández de Santa Cruz, entonces obispo de Puebla, después arzobispo y virrey de México, el 25 de noviembre de dicho año 1690 dirigió a Sor Juana Inés una carta, encubriendo su nombre con el de Sor Filotea de la Cruz. Esta carta cambió los últimos años de la vida de Sor Juana y le imprimió un rumbo definitivo alejado de toda literatura profana. La carta del "dignísimo Obispo de Puebla", personalidad que sólo figuraba en ella en la Licencia, parecía que se la dedicaba "su estudiosa aficionada en el convento de la Santísima Trinidad de la Puebla de los Ángeles" y explicaba por qué iba impresa ("para que Vuestra Merced se vea en este papel de mejor letra, le he impreso"). No dejó tampoco de elogiarla. Empezó por qué a su carta la llamó "Athenagórica" es decir digna o propia de Minerva y la acabó así: "quien, desde que la besó, muchos años ha la mano, vive enamorada de su alma, sin que se haya entibiado este amor por la distancia ni el tiempo, porque el amor espiritual no padece achaques de mudanzas ni las reconoce el que es puro, sino es hacia el crecimiento: Su Majestad oiga mis súplicas y haga a V. Md. muy santa y me la guarde en toda prosperidad".

Admiraba a Sor Juana Inés ya que decía que cortaba su pluma más delgada que la del P. Vieyra y que la de César Meneses (exégeta portugués ilustre del gran predicador) y que ambos "pudieran gloriarse de verse impugnados de una

mujer que es honra de su sexo." "Yo — agregaba — a lo menos, he admirado la viveza de los conceptos, la discreción de sus pruebas y la enérgica claridad con que convence el asunto, compañera inseparable de la sabiduría". Pero estas alabanzas amorosas no suavizaron el tono de reproche que la carta contenía. Algún autor, como José M.^a Vigil, ha llegado al extremo de llamar la carta "impertinente". Para el profundo Ezequiel A. Chávez "ni fué oportuno al decir lo que dijo, ni atinadamente lo dijo". Amado Nervo había sido más comprensivo con el Obispo: "Si se la lee con serenidad se advierte que, aunque un poco adusta y severa, lo que insinúa no puede ser más oportuno, ni más prudente, tratándose de una monja y supuesta la profunda piedad de la época". Chávez rebatió los conceptos con eficaces razones; pero, en realidad, atendiendo al fondo, el prelado estaba muy en su papel de cuidador de almas y, en el fondo también, se trataba de fijar — en una época en que la mujer no se había incorporado a la vida cultural e intelectual — si era propio, por principio, que una monja se interesase demasiado por el saber cuando las mujeres del siglo sólo se preparaban para el matrimonio, coser, bordar y rezar. Se trataba por consiguiente de principios generales más que del caso particular de la mujer sabia que se había recluso en las jerónimas. ¿No había llegado Sor Juana también en ese año 1690 a su máxima fama y popularidad? Sus obras se imprimían por segunda vez y aquel año en Puebla sus villancicos habían llenado las más importantes ceremonias religiosas de aquella catedral cuyo prelado escribía aquella carta que pudiéramos llamar amoroso regaño, re-

conocimiento a los talentos de la mujer pero temor porque las virtudes de la monja no padeciesen con las actividades profanas. Sor Juana Inés en su carta impugnación había dado una magistral lección de literatura religiosa y el obispo de Puebla ni le censuraba que hiciera versos “después que Santa Teresa, el Nacianceno y otros santos canonizaron con los suyos esta habilidad”, ni que estudiase para saber “porque sólo — como dice con cita de San Pablo — quiso prevenir el riesgo de elación en el sexo, propenso siempre a la vanidad”, ni que mudase el genio, ni siquiera que eligiese autores profanos y letras humanas que “deben reprobarse cuando roban la posesión del entendimiento humano a la Sabiduría divina, haciendo señoras las que se destinaron a la servidumbre”. La idea estaba pues clara y se basaba en los intereses espirituales que el Obispo tenía el deber de defender. Claro que incurría en inexactitudes, mejor en exageraciones de su celo, cuando recomendaba a Sor Juana Inés que leyera la vida de Jesucristo y las letras divinas ya que en sus escritos ella mostraba conocerlas muy bien (“mucho tiempo ha gastado Vuestra Merced en el estudio de filósofos y poetas; ya será razón que se perfeccionen los empleos y que se mejoren los libros”) y agregaba entonces: “se engolfará ese rico galeón de su genio en la alta mar de las perfecciones divinas”. Por segunda vez se la comparaba a un galeón por su talento. Antes había sido el marqués de Mancera, un antiguo virrey, el que lo había hecho. ¿Llegó quizá en su celo fervoroso el obispo de Puebla a mostrarse acre y duro con Sor Juana? Pensando en los grandes talentos de ella (por dos

veces insiste en esta idea con distintas palabras) recibidos de Dios, le dice que si hasta entonces los empleó bien — “que así lo debe creer de quien profesa tal religión” — que aun los emplee mejor, porque “quien más ha recibido de Dios, está más obligado en cuenta”; y aun llegaba a extremar la nota: “ya que se humilla al suelo, no baje más abajo, considerando lo que pasa en el infierno” y aun a dar a entender tibieza en el amor a Dios cuando le dice: “se vería ilustrada de luces su alma, y abrasada su voluntad, y dulcemente herida de amor de su Dios”; y, aludiendo a la carta sobre el sermón, agregaba: “por más que la discreción de Vuesa Merced los llame finezas, yo los tengo por castigos, porque sólo es beneficio el que Dios hace al corazón humano, previniéndole con su gracia, para que le corresponda agradecido: disponiéndole con un beneficio reconocido, para que no represada la liberalidad divina, se los haga mayores”. Parece claro que en la carta del obispo de Puebla se plantea un primer problema del feminismo a la luz de la Religión. San Pablo había prohibido a las mujeres que enseñasen pero no que estudiaran; sin embargo la vanidad del sexo débil era una frágil embarcación para el saber. San Pablo ya se había lamentado de la falta de maestras de experiencia que se sucediesen en enseñar ciencia lo mismo que hacían con las costuras y labores. Sor Juana Inés se había lamentado de la falta de “ancianas doctas” como Leta y que supieren enseñar “como manda S. Pablo y mi padre S. Jerónimo”, y de que sólo los varones pudiesen doctrinar a las muchachas con gravísimos riesgos que resultaban y no pocos daños morales acusados por la expe-

riencia, "por lo cual muchos quieren dejar bárbaras e incultas a sus hijas, que no exponerlas a tan notorio peligro, como la familiaridad con los hombres". El siglo XVII había sido en México de grandes progresos del feminismo. Bernardo de Balbuena hablaba ya en sus principios de "damas, discretas y corteses entre todas las del mundo". La época de Sor Juana conoció damas y monjas de gran saber y arte y hasta las mismas virreinas — sobre todo la marquesa de Mancera y la condesa de Paredes, tan ligadas a la biografía de Sor Juana — fueron mujeres de gran ilustración y en el locutorio del convento de las Jerónimas se "bachille-reaba" y de una discusión precisamente había surgido la impugnación al Sermón del Mandato del P. Vieyra, ya que a la persona a quien lo dirige le dice: "De las bachillerías de una conversación, nació en vuesa merced el deseo de ver por escrito algunos discursos que allí hice de repente". ¿Es por esta situación del feminismo en México por lo que el famoso obispo de Puebla — hombre docto y celebrado por su obra y labor — adoptó el nombre de una mujer, de una monja para su impugnación? ¿Era necesario adoptar una genérica expresión porque lo que se atacaba en el fondo era la vanidad de las mujeres sabias? Sor Juana Inés de la Cruz, desde su clausura, desde su celda, era el símbolo más alto del feminismo sabio que ya en la misma España, el gran Quevedo había ridiculizado en su "Culta latiniparla". Contra las mujeres sabihondas iba la carta, no contra Sor Juana Inés, inocente objetivo de la misma. Ella conocía los libros sagrados perfectamente.

Todos los autores — biógrafos y críticos de la obra de

la Monja de México — están conformes en reconocer dos grandes beneficios históricos y literarios que debemos a la carta del obispo de Puebla. Primero gracias a ella conocemos la "Crisis"; y segundo la contestación de Sor Juana Inés supera, si cabe, la hermosa sabiduría de la "Crisis". Fué esta contestación un documento extraordinario e inolvidable. La carta de Sor Filotea había causado dolorosos efectos en el ánimo de Sor Juana Inés porque parecía reprochar e insinuar. La poetisa no se precipitó para contestarla. Su dulce carácter no permitía ni apasionamiento ni violencias. Más de tres meses transcurrieron desde la carta de Sor Filotea. El día 1 de marzo de 1691 fué la contestación. Comienza "Muy ilustre señora, mi señora". Reconoce que a ella "Dios la quiere reducir a fuerza de beneficios" e insiste en su admiración por el P. Vieyra del que, conceptuosa, advierte y pregunta: "¿Cuándo no dice bien, aun cuando no dice bien?" El P. Calleja asegura que el ilustre predicador portugués quedó con la admiración de Sor Juana Inés "más ilustrado que con la defensa que le hizo quien lavó con tinta la nieve". Es una contestación, la de Sor Juana Inés, de gran valor literario y erudito; pero ella presentó su escrito con toda modestia: "Si el estilo (venerable señora mía) de esta carta no hubiese sido como es debido, os pido perdón de la casera familiaridad".

Pero la respuesta conmovió y ha despertado gran admiración en los autores, especialmente en los mexicanos. Amado Nervo supo ir a la entraña del problema planteado del que nosotros encontramos lo fundamental en la carta del obispo de Puebla. Elogia Nervo la "Respuesta tan digna,

tan elevada, tan ingenua, tan sabia, tan varia e intensa en que ya acata, ya replica, ya se yergue, cuan grande es, ya narra su vida, ya discute sus inclinaciones, ya se analiza, ya se deja desbordar su erudición pasmosa, ya gime, ya sonríe, ya besa la mano que la hiere". Y el gran poeta insiste en lo que es el verdadero nervio de la discusión: "Defiende los derechos y la dignidad de la mujer con tal acierto y calor tal, que si en México hay algún día centros feministas, deben declarar a Sor Juana su presidenta de honor". No iba el buen obispo contra ella sino contra las mujeres sabias, contra la sabihondez que consideraba nociva a la feminidad.

Las dificultades de Sor Juana Inés para responder eran enormes. Ni su alta inteligencia podía hacer frente a la montaña de razones que se le oponía. Disculpa con su poca salud la tardanza en contestar y también con buscar una respuesta a la "doctísima, discretísima, santísima y amorosísima carta". Las razones de Sor Filotea — en realidad un sabio príncipe de la Iglesia — las sentía ella también como verdades. Así, en recuerdo de una Epístola de San Pablo, agregará aquella razón suprema: "Sólo responderé que no sé qué responder". En cuanto a sus escritos dice: "Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar, que fuera en mí desmedida soberbia, sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento". Y como una de las observaciones de Sor Filotea era "el no haber escrito mucho de asuntos sagrados", respondía Sor Juana Inés que para sus estudios siempre había encontrado más libros no sagrados: "no ha sido desafición, ni de apli-

cación la falta, sino sobra de temor y reverencia debida a aquellas Sagradas Letras para cuya inteligencia yo me conozco tan incapaz y para cuyo manejo soy tan indigna"; y agregaba, que sólo escribía "violentada y forzada, y sólo por dar gusto a otros; no sólo sin complacencia, sino con positiva repugnancia", aunque no niega su "vehemente y poderosa" pasión por las letras desde el primer momento que tuvo uso de razón. Se franqueaba ("de par en par las puertas de mi corazón, haciéndoos patentes mis más sellados secretos") e insiste Sor Juana en que su amor a la sabiduría era llegar a Dios. El fin a que aspiraba era "la cumbre de la Sagrada Teología" "por los escalones de las ciencias y artes humanas, porque ¿cómo entenderá el estilo de la reina de las ciencias quien aun no sabe el de las ancillas?"; y estos razonamientos la llevaban a un ansia constructiva de síntesis porque para ella "pensar es considerar todas las cosas juntas". Pero Sor Juana Inés siente que la rodea cierta hostilidad. Tal vez por esto escribe aquello tan citado de "algunas veces me pongo a considerar que el que se señala o lo señala Dios, que es quien sólo lo puede hacer, es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban y así le persiguen". Y, aun insiste, recordando las figuras que se colocan en lo alto de los templos y que sufren el rigor de los elementos y han de ser defendidas hasta con púas y, aun agrega, que la que más sufre el rigor de los elementos es el entendimiento que es el más indefenso. Así lo explica con una notable gradación: "No por otra

razón es el ángel más que el hombre, que porque entiende más; no es otro el exceso que el hombre hace al bruto, sino sólo entender; y así como ninguno quiere ser menos que otro, así ninguno confiesa que otro entiende más". Pero "no quiero (ni tal destino cupiera en mí), decir que me han perseguido por saber, sino sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras".

En su "Crisis" ella sólo expresó su sentir; y, si en él había una opinión contraria al P. Vieyra, pregunta: "¿No lo fué en su Paternidad llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia?" Y, pensando que se consideraba como falta su escrito, preguntaba nuevamente: "¿Fué aquel más que referir sencillamente mi sentir, con todas las venias que debo a nuestra Santa Madre Iglesia?" Se revuelve un poco ante las recriminaciones: "¿Es alguno de los principios de la Santa Fe revelados, su opinión, para que la hayamos de creer a ojos cerrados?" Pero también admite razonablemente las objeciones que se le hacen: "Cómo yo fuí libre para disentir de Vieyra, lo será cualquiera para disentir de mi dictamen"; aunque, humanamente, reconoce que su pluma "se deslizó".

Como escrito feminista se opone a aquel concepto que cree que la mujer sólo debe observar la ley "pues lo demás sobra (según algunos) en una mujer: y aun hay quien diga que daña". Los nombres de mujeres famosas le sirven de ejemplo. En la Historia Sagrada (Débora, la reina de Sabá, Abigail, Ester...) y en la no sagrada (las Sibilas, Minerva, Pola Argentaria...) Se detiene en dos figuras: Santa Paula ("docta en las lenguas hebrea, griega y latina y

aptísima para interpretar las Escrituras") y Cristina Alejandra, reina de Suecia ("tan docta como valerosa y magnánima"). Ambas de dos mundos distintos, una antigua y otra contemporánea. En la misma ciudad de México — dice más adelante — el venerable Dr. Arce, profesor de Escrituras, había citado a dos mujeres sabias que eran monjas: una en el convento de Regina que sabía el Breviario de memoria y otra del de la Concepción que había traducido al romance las Epístolas de San Jerónimo.

También se le criticaba especialmente su habilidad poética. Ella opone los ejemplos de personas santas que pusieron el don de la poesía al servicio de la religión y afirmaba: "no juzgo que se habrá visto una copla mía indecente". ¿Se promovió con la exteriorización de este discutir algún escándalo? ¿Fueron algunos amigos de Sor Juana Inés los que al defenderla la dejaron más indefensa? "Yo, señora mía — dice en su respuesta —, no he querido responder, aunque otros lo han hecho (sin saberlo yo), hasta que he visto algunos papeles y, entre ellos uno, que por docto os remito..." No dejaba ella de reconocer con cristiana humildad que había llegado a una gran fama, superior a la de cualquier mujer antes de cumplir los cuarenta años. No desconocía que le eran muy beneficiosas las censuras para "que no peligrase la nave del juicio entre los vientos de las aclamaciones". Porque las alabanzas "son lanzas que, en no atribuyéndose a Dios, cuyas son, quitan la vida, y nos hacen ser ladrones de la honra de Dios, y usurpadores de los talentos que nos entregó, y de los dones que nos prestó, y de que hemos de dar estrechísima cuenta". Acompañaba

trabajos devotos nacidos de su fervor a la Virgen María. Varias copias de "Ejercicios de la Encarnación" y de "Ofrecimientos de los Dolores" que se imprimieron con su gusto y para la pública devoción y, además, sin su nombre. Le pedía los repartiese entre las religiosas de su comunidad. Pedía se los juzgasen: "Remito la decisión a ese soberano talento, sometiéndome luego a lo que sentenciare; sin contradicción, sin repugnancia"; y llegaba a la mayor humildad: "Va a vuestra corrección: borradlo, rompedlo y reprendedme; que eso apreciaré yo más que cuanto vano aplauso me puedan dar otros"; y llegaba a su mayor sacrificio: pedir a Dios que apagase la luz de su razón.

Ya sabía ella que una menguada inteligencia femenina no debía terciar en cuestiones teológicas. "Esto es tan justo — agrega — que no sólo a las mujeres (que por tan ineptas son tenidas), sino a los hombres (que con sólo serlo, piensan que son sabios) se había de prohibir la interpretación de las Sagradas Letras". Por esto pedía a Dios que apagara la luz de su razón. Es natural que estas finezas despertaran mil comentarios en la exégesis moderna, tan sutil y atenta a las interpretaciones psicológicas. Pero las obras devotas — hijas de un fervor vivo y sincero — son documentos fehacientes que, no en vano, ella eligió para que acompañasen aquella grandiosa respuesta tan maravillosa como admirada por todos. Pero — a pesar de esta evidente admiración que la rodeaba — Sor Juana Inés estaba sola. De aquí que recabase auxilio del señor Obispo (Sor Filotea): "Mantedme en vuestra gracia para impetrarme la divina, de que os conceda el Señor muchos aumen-

tos, y os guarde, como le suplico y he menester". Como antefirma: "B. V. M. vuestra favorecida".

Lo que la respuesta tiene de femenina defensa ha sido comprendida por toda la crítica. Especialmente las escritoras han dado pruebas de comprenderla. En Madrid, en nuestro siglo, una misma casa editorial ha publicado un pulcro libro divulgador de su biografía hecho por Concha de Salamanca y recientemente una selección con un bello prólogo de Matilde Muñoz que la reconoce "tan justiciera, tan defensora de todas las reivindicaciones femeninas, tan proa adelante en el piélago de su tiempo". Coinciden en su atención por Sor Juana las extranjeras como Dorothy Schons y Elizabeth Wallace.

X

Sacrificio y renunciación de religiosa

“Me librasteis a mí de mí y de la sentencia que yo misma me daría, que, forzada de mi propio conocimiento, no pudiera ser menos que de condenación, y os la reservasteis a Vuestra Misericordia porque me amáis más de lo que yo me puedo amar.” — SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

La confesión de Sor Juana Inés ante el P. Antonio ha sido extensa en un recuento de toda su vida. El confesor conoce muy bien muchos de aquellos episodios. Amor, fama, hermosura, juventud, sabiduría y popularidad, todas las cosas gratas, todas las vanidades humanas habían pasado por ella. Quedaba el verdadero, el único gran negocio de salvar el alma, de emprender el camino de la perfección. La respuesta a Sor Filotea (nombre femenino bajo el que escondió su nombre la recta personalidad del obispo de Puebla) puede decirse que cerró la vida de escritora de Sor Juana Inés de la Cruz. Con ello realizaba el sacrificio más grande de su vida humana y se encaminaba a su vida sobrenatural. El confesor la situó en el mundo de espiritualidad y de sacrificio a que pertenecía. Se desgarraba para siempre del mundo literario. Sólo el confesor podía comprender



Fachada del Santuario de Ocotlán, en México
Magnífico exponente del barroquismo en Nueva España

el enorme sacrificio de la poetisa cuya religiosidad aceptaba todos los reproches.

Una gran lucha había tenido lugar en el alma de la penitenta. El P. Antonio le había retirado su protección espiritual porque ella sentía la imposibilidad de apartarse de sus lecturas y de dejar de hacer versos y de discutirlo todo. El confesor "se retiró totalmente de la asistencia de la Madre Juana, llorando, si no mal logradas, por lo menos no tan bien logradas como quisiera, aquellas singularísimas prendas", según nos dice el biógrafo del ilustre jesuita.

El apartamiento del confesor de toda su vida, guía de su conciencia y amparo de sus escrúpulos, por imposible tenía que ser algo transitorio...

En el año de 1691 ya había empezado la grave crisis de la Nueva España. Pero Sor Juana Inés todavía contemplaba su esplendor de escritora. El segundo tomo de sus obras se imprimía en Sevilla y el primero por tercera vez en Barcelona. Para conmemorar la victoria de la Armada de Barlovento contra los franceses, éxito del virrey conde Galve, escribió una silva. El 25 de noviembre — ya cambiada su vida — aun se cantarían sus villancicos en la catedral de Antequera. ¡Cómo resonarían en el valle de Oaxaca estas tiernas coplas que dedicaba al martirio de Santa Catalina y en las que resonaba bajo la letra cierta angustiosa situación de la poetisa!

*¡Contra una tierna rosa,
mil cierzos se conjuran!
¡Oh, qué envidiada vive,*



*con ser breve, la edad de la hermosura!
Porque es bella, la envidian;
porque es docta, la emulan.
¡Oh, qué antiguo en el Mundo
es regular los méritos por culpas!*

Y en estas coplas, como una réplica mundana de su lucha, hacía alusión al discutido feminismo: "que el sexo — no es esencia en lo entendido". Y un bello soneto completa esta etapa de renunciación literaria. Es como un sentido adiós a su ansia de saber. Es el que dedicó a la esperanza, su esperanza de poder seguir estudiando el mundo para cuyo estudio encontraba el obstáculo de ser mujer. Lleno de pesimismo, representa tan marcado desprecio y renuncia, que en sus retratos figura ("Verde embeleso de la vida humana, — loca esperanza, frenesí dorado"). Bello tema el de su esperanza (hoy para los dichosos; mañana para los desdichados) que la lleva a pensar en los esperanzados ("con verdes vidrios por anteojos") y en los enloquecidos de esperanza que tienen la dicha de verlo todo a su deseo, en contraste con Sor Juana Inés que más cuerda, tiene "ambos ojos en entrambas manos"...

Como sus penas se habían agravado — la mayor que la hubiese abandonado el P. Antonio —, a grandes males, grandes remedios. Se dispuso a todas las renunciaciones y medicinas para que cicatrizasen sus heridas más profundas. ¿Qué era lo que más apreciaba, sus libros? ¿Era su mayor placer decir y escribir sus pensamientos? Renunciaría a esto y a aquello. Advierte entonces que siempre había escrito por-

que se lo habían mandado. Pero tomaba su resolución en abono de su vida religiosa.

Hizo una recapitulación total de antes y después de haberse consagrado a Dios. Su vocación por el estudio, su ansia de sabiduría, su afán de saber, la habían tal vez envejecido. Y ella, con toda humildad y mansedumbre, suprimía los obstáculos que parecía habían iluminado su vida recoleta de gratas ilusiones pero también de engañosas apariencias. Y toda una vida de escritora y de estudio puede decirse que la liquidó en breve plazo. El confesor tan largo tiempo ausente de su confesión — dos años dolorosos de incertidumbre y soledad espiritual — había vuelto. Ella, rendida y humilde, lo mandó llamar.

Era el año de 1693 y la vida de la religiosa jerónima estaba en sus postrimerías. Se declaró la guerra — a sus placeres intelectuales — y se conquistó a sí misma: "sin dejar a las espaldas enemigos, fué una confesión general de toda su vida pasada, valiéndose, para descoger lo vivido sin algún doblez, de aquella su nunca más que para este fin memoria felicísima". Su biógrafo advierte que gastó varios días en aquella confesión en que compuso la historia de todas sus debilidades y de las misericordias de Dios para con ella. Su entendimiento había llegado a la cumbre de creación pero se le acercaba la muerte. Entonces redactó también su "Petición Casuística", dirigida al Tribunal Divino. Las misas, las oraciones, los consejos insistentes del P. Antonio realizaban la admirable mudanza. "Movida del Cielo — dice su biógrafo — y avergonzada de sí misma por no haber correspondido con la fidelidad que debiera a las

mercedes divinas". Por esto reconoció Sor Juana Inés sus debilidades y emprendió los duros caminos de la penitencia y la aspereza de las privaciones.

El confesor la comprende y la anima en el áspero camino. Caritativo extiende su consejo y su absolución. Sor Juana Inés vuelve ahora a su celda. Va a escribir, incluso con su sangre, la Petición para "impetrar perdón de sus culpas" que el confesor llevará por su mano al Tribunal Divino. Se sujetaba a las nuevas determinaciones y a cuanto el confesor le decía. Y comenzaron las penosas renunciaciones. "No se estorban lo discreto y lo muy fervoroso", decía en su Petición... Y en su celda los dulces ojos castaños, empañados de llanto, acarician los anaqueles repletos de libros tales como los vemos en el cuadro de Miranda. Este gran dolor, esta gran pérdida, esta inestimable ausencia superó a todas sus penitencias. La que amaba la Sabiduría, perdió los sabios amigos con quienes conversaba y a quienes siempre encontraba dispuestos a abrirle su pensamiento... Su dulce carácter ("jamás quejosa ni impaciente") encontraba su paraíso en los anaqueles porque "su quitapesares era su librería, donde se entraba a consolar con cuatro mil amigos, que tantos eran los libros de que la compuso, casi sin costa, porque no había quien imprimiese que no la contribuyese uno, como a la fe de erratas". ¡Una sola persona desde la celda de un convento había llegado a reunir aquella espléndida librería! Y éste era su entendimiento y ella iba a prescindir de él y darlo de limosna cuando a ella le había costado tantos años para reunirlo. ¿Cabe renuncia mayor? El Sr. Arzo-

bispo de México los recibió "para que vendidos hiciese limosnas a los pobres". Y con los libros iban muchos preciosos y exquisitos instrumentos de música y de matemáticas, fetiches y joyas de curiosas supersticiones con que la obsequiaban tantas personalidades atraídas por su fama que llegaban de todas partes al convento jerónimo "que aun de muy lejos le presentaban ilustres personajes, aficionados a su famoso nombre".

Libros y objetos, tantos años bañados por su bella y piadosa mirada, y por su pasión curiosa de estudio y conocimiento, todo, todo se "redujo a dinero para los pobres". El Arzobispo — aquel D. Francisco de Aguiar y Seixas de tanta caridad también — se encontró con aquel trabajo importante: liquidar los únicos y verdaderos bienes terrenales de la Monja de México. Todo salió y sólo quedaron algunos libros que reservó para las otras religiosas de su convento. Para ella, para su uso particular, para distracción y fomento de su entendimiento, sólo reservó tres libritos de devoción y muchos cilicios y disciplinas.

Volvía sus ojos Sor Juana Inés a sus obras religiosas. En la respuesta a Sor Filotea le mandaba dos tratados de devoción. Ahora ella los repensaba a la vista de los vacíos anaqueles. Aquellos "Ejercicios devotos para los nueve días antes de la Encarnación", tan simples, tan sencillos y con un tan noble sentido ascético como "norma de que se una la oración de muchos, para que a la sombra y patrocinio de los buenos y justos, sean oídos y tolerados de la Divina Clemencia los malos". Era una ofrenda mariana fervorosa de hermosa expresión y bellos epítetos ("Emperatriz Su-

prema de los Ángeles”, “Reina Soberana de los Cielos”, “Absoluta Señora de todo lo creado”). Son de bello retoricismo las meditaciones que preceden a los ejercicios que están basadas en el Génesis referido a la Virgen. Cuando en el tercer día las aguas se congregan dice Sor Juana Inés:

“Alegráronse las aguas congregadas, de ser símbolo de la congregación de las virtudes y excelencias de María Santísima, Mare Magnum de todas las grandezas y de que su nombre fuera, mudado el acento, el mesmo que el de aquella Suprema Reina nuestra, pues es su nombre mária, y el de la Gran Señora María; que así convino para mostrar el Señor en el nombre mária breve y en el María largo, que el mar con todas sus grandezas, con lo corpulento de sus olas, con lo cóncavo de sus cavernas, con lo oculto de sus mineros, con la variedad de sus monstruos, con lo admirable de sus flujos, y reflujos, y en fin con lo espantoso de su vastísimo cuerpo, comparado al mar de las virtudes de María es breve, es estrecho y no digno de simbolizarlas.”

Y en sus disquisiciones marianas Sor Juana Inés nos dice la indescriptible belleza de la Virgen: “Envidiada de los vergeles del Cielo, que, con haberse criado en ellos las puras substancias angélicas que brotan aquellos jardines eternos, nunca produjeron rosa igual a la belleza de la purpúrea Rosa”. Y ante la belleza virginal Sor Juana Inés retrocede por ser su boca “inmunda” y esta consideración la inclina al amor al prójimo cuando dice: “Si una imagen de leño o bronce por ser del Señor nos mueve a veneración

y reverencia, ¿cuánto más lo debe hacer la imagen y semejanza viva que está en nuestros prójimos?”

La otra obra religiosa que envió a Sor Filotea era también mariana. Era un conjunto de meditaciones y ruegos devotos titulados “Ofrecimientos para el Santo Rosario de Quince Misterios que se han de rezar el día de los Dolores de Nuestra Señora la Virgen María”. Su alma amantísima expresaba las penas de la Madre de Dios con la elocuencia de un predicador. Dice a la Virgen:

“¿A dónde volveréis los ojos de la consideración, que, en vez de alivio, no os los quebréis, con nuevos motivos de dolor? ¿Quién no creerá que las virtudes de los justos serían el descanso del pesar que os causaba la ingratitud de los malos? Pero como vos, Señora, y Bien Nuestro, no estabais en tiempos de alivios, sólo mirabais lo penoso, contemplando las culpas con que los mismos predestinados ofenderían a Vuestro Hijo, de que ya teníais experiencia en la negación de San Pedro, y cobardía de los discípulos.”

Ahora estos escritos de su religión sustentaban sus pensares y daban ánimo a su entendimiento ya que se había desprendido de los accesorios pero estaba en posesión de las supremas satisfacciones literarias. Había escrito pues obras devotas antes de la admonición de Sor Filotea. Ahora sonaban con la gloria de su verdadera vocación llena de renunciamientos.

Fué en febrero de 1694 cuando llegó a su renuncia suprema escrita con sangre. ¡Pueden aun leerse en el valioso

documento aquella firma y aquellas palabras con unción de misticismo, escritas con aquella sangre que había animado a un mujer buena y noble, sabia y humilde que podía considerarse en su tiempo el más privilegiado de los cerebros femeninos de la fecunda Madre Hispania! Fué la ratificación de su profesión religiosa y la hacía cuando poco más de un año iba a vivir. Dice así el precioso documento conventual: "Yo, Juana Inés de la Cruz, Religiosa Profesa de este convento no sólo ratifico mi profesión y vuelvo a reiterar mis votos, sino que de nuevo hago voto de creer y defender que mi Señora la Virgen María fué concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser, en virtud de la Pasión de Jesucristo. Y asimismo hago voto de creer cualquier privilegio suyo, como no se oponga a la Santa Fe, en fe de lo cual lo firmé en 8 de febrero de 1694, con mi sangre = Juana Inés de la Cruz = ¡Ojalá y toda se derramara en defensa de esta verdad por su amor y de su Hijo!" Luego agregó: "Aquí arriba se ha de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico por amor de Dios y de su Purísima Madre a mis amadas hermanas las religiosas que son y en lo de adelante fueren, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido. — A todas pido perdón por amor de Dios y de su Madre. Yo, la peor del mundo — Juana Inés de la Cruz". Así — con estas palabras conmovedoras, frutos de la conmoción de su alma pía — iba a sellarse la vida para la literatura de Sor Juana Inés de la Cruz, una de las más hermosas y de las más sabias mujeres del Seiscientos. Con cuánta emoción se llega a este momento — Protesta de 5 de marzo de 1694 —

"que rubricada con su sangre hizo de su fe y amor a Dios... al tiempo de abandonar los estudios humanos".

¿Fueron penitencias, renunciaciones y protestas bastantes para alterar aquella su natural alegría, su fuerza cordial y humana de expansión? ¿Empezó a hablar poco a medida que escribía muy poco o nada? El misticismo y la caridad, el amor a Dios y a la Virgen, y el amor a los pobres iban a llenar su alma. Los tiempos calamitosos y su sacrificio corrieron finales en su vida y la santidad inflamó su corazón.





XI

Años calamitosos y muerte ejemplar de Sor Juana Inés de la Cruz

"Decirla entonces (como tantos se lo aconsejaban) que siquiera no se acercase a las mui dolientes, era vestirla alas de aveja, para hacerla huir de las flores." — P. CALLEJA.

Fué hacia 1691 cuando la grave crisis de la Nueva España había llegado a su máximo. Años de miseria y de angustia en que la ciudad de México estuvo dolorosamente sumida en las tribulaciones. Fueron años interminables hasta el mismo de 1695. Valle de Lágrimas fueron los últimos años de Sor Juana Inés, rodeada de la más espantosa y caótica situación que la rica colonia española había conocido. En el ambiente de tristeza y pobreza mexicanas, la Madre Juana Inés vió empeorarse su salud que siempre había sido precaria. La pobreza que llegaría hasta la desesperación hacía más temibles las amenazas de la piratería, siempre tenebroso peligro de las costas; el bandolerismo acechaba caminos, calzadas y encrucijadas callejeras; las heladas extemporáneas quemaban las cosechas; las sequías

eran seguidas por torrenciales tempestades de lluvias que arrasaban los campos; el hambre enfurecía a los indios y a los colonizadores. Levantamientos de la indiada y motines en la capital. Alguno de éstos de tal gravedad que se llegó al odioso extremo de incendiar las Casas del Cabildo y hasta el mismo archivo del palacio virreinal, saquear las tiendas del barrio comercial y apedrear casas y a personas como el 8 de junio de 1692. Con la falta de cosechas, empezó a faltar todo, incluso la leña para el fuego de los hogares. Pobreza extrema en las clases medias y el hambre como una pesadilla. Y, como era de esperar, las enfermedades hicieron acto de presencia. Las epidemias agobiaron principalmente al gran núcleo de población capitalina, mientras acaparadores y especuladores sin conciencia aprovechaban la caótica situación para aumentar sus riquezas. ¡Qué años inolvidables los que van de 1691 a 1695! Cuando la fiebre exantemática — sarampión — y la gravísima del tabardillo postraron a la ciudad de México, los contagios llevaron las enfermedades en sus formas más graves, a los índices de mortalidad más espantosos, sobre todo en los años de 1692 y 1693. Las calles llegaban en su aspecto a extremos de desesperación. En la época en que se acentuó la pestilencia, los cadáveres llegaron a esperar en las mismas calles, la piedad de su entierro. Los verdugos suspendían sus ahorcamientos y azotaduras para dejar paso a las procesiones de rogativas que organizaban las iglesias y conventos en solicitud de la salud imposible ante tanta insalubridad e imposibilidad de cuidar a los enfermos por falta de remedios y de alimentos sanos. La pestilencia entorpecía

definitivamente el arreglo de la crisis y el descontento. Los templos se cerraban y los piratas hacían incursiones feroces contra las costas. El mismo Virrey — el conde de Galve — estaba aterrado y pernoctaba en los claustros del convento de San Francisco donde se sabía más seguro que en su Palacio o en alguna casa principal. Estos horrorosos años coincidieron con las renunciaciones y penitencias, con las fervorosas protestas de fe de Sor Juana Inés. Así empezó el año 1695. Y las madres de la comunidad del convento de San Jerónimo de la ciudad de México, recibieron la mortal visita de la epidemia y las graves dolencias convirtieron el año en “muy fértil para el Cielo”, porque “encerró gran cosecha de purísimas almas”, como nos dice el P. Calleja. Cayeron las venerables madres enfermas y, de cada diez, apenas una conocía su convalecencia. Sor Juana Inés “enfermó de caritativa”, según la afortunada expresión de su biógrafo. Su débil naturaleza iba defendiéndose pero no se preservaba del contagio porque no quería ver sufrir a sus hermanas sin servirles y atenderlas, sin prestarles consuelo y asistencia. Y, como su salud no era fuerte, se contagió gravemente. La enfermedad suponía un tratamiento penoso y doloroso. Todo lo sufrió piamente y sin querer abandonar sus penitencias. El cielo castigaba a los hombres y a las tierras mexicanas. Faltaba todo — fuego en el hogar, frutas y frutos, vegetales y carnes — y la vida espiritual se empobrecía también, pues la actitud de los indios del Norte hizo abandonar la región de Coahuila a las misiones después de que algunas de ellas habían sido aniquiladas. Se contagió por atender a sus hermanas, cosa que siempre

había hecho aun en la época en que escribía y leía y no quería distraer un momento de los que disponía para sus lecturas. Sor Juana Inés había llegado a la plenitud de su vida y de su talento; pero todo lo sacrificaba al amor a Dios. Sus renunciaciones y protestas, sus penitencias y sacrificios la tenían bien preparada para la muerte. El convento se conmovió ante su enfermedad y la gravedad acentuadas. Las plegarias por su salud fueron generales. Si entre los muchos enfermos era posible distinguir a uno, éste era la escritora jerónima. Los hogares, las instituciones virreinales y los conventos elevaron sus preces para que ella sanase. El convento se llenaba con los que enviaban a preguntar por su salud. La ansiedad fué creciendo con la proximidad de su muerte. Conservaba todas sus facultades y su celo católico. Recibió los Santos Sacramentos. Con la Eucaristía “mostró confianza de gran ternura, despidiéndose de su Esposo a más ver y presto”. En su agonía lenta se le administró la Extremaunción. Murió con una gran serenidad de espíritu y edificó a todos con su muerte. Los santos nombres de Cristo y de la Virgen no se apartaron un solo momento de sus labios. “Mostró al fin — escribe el P. Calleja — cuán sobre aviso estaba de todo, respondiendo muy a propósito y con puntualidad a las oraciones de la recomendación del alma que, fenecida, restituyó la suya, no sólo con serena conformidad, pero aun con vivas señales de deseo, en las manos de su Criador, a las cuatro de la mañana en diez y siete de abril, Dominica del Buen Pastor, Año de 1695”. Era la dulce primavera de México y cuando las calamitosas nubes que había padecido la Nueva España

empezaban a desaparecer y hacer posible una mejoría de la salud pública y una vuelta a la obra colonial y misionera de España. Vino a morir la madre Juana Inés dos meses después que el P. Núñez, su confesor, víctima también del contagio pestilente. El consuelo del que había sido siempre su director espiritual, le faltó en el trance de su vida humana. Moría Sor Juana Inés en plena madurez, antes de los cuarenta y cinco años.

La más dulce calma quedó en su semblante. El marfil de aquellas manos tan bellas, tan gráciles que vemos en el cuadro de Miranda, retenían el Santo Cristo a cuya cruz asida permaneció durante su agonía. Una multitud sollozante, un temblor emocionado de cariño y respeto, de admiración y simpatía agitaba tocas y basquiñas, manteos y talabarteres... Lloraban los caballeros de la corte virreinal, algunos que aun la recordaban de dama adolescente cuando hizo su entrada triunfal en los salones del Palacio bajo la protección de la marquesa de Mancera; lloraban los extranjeros que encontraron en ella su simpatía y apoyo; lloraban los cholitos, los inocentes indiecitos tan comprendidos por ella, tan injustamente acusados y tonsurados por supuestos actores de motines; y también los negros, aquellos pobres esclavos desarraigados y humillados, a quienes también hablaba con palabras de cariño y esperanzas desde sus villancicos de encanto. Todas las clases sociales — desde el Virrey hasta el esclavo — dirigieron su angustiado mirar hacia la celda de Sor Juana Inés y quisieron acompañar su cuerpo desde aquellas espléndidas galerías, aquellas soberbias escaleras, aquellos claustros de columnas toscanas por donde

tantas veces se habían escuchado las palabras buenas de la niña nacida entre nieve y volcanes. Sepultada por el canónigo D. Francisco Aguilar, el pueblo entero de México rezó por su noble alma en la iglesia de San Jerónimo (1).

(1) Desde entonces hasta nuestros días ha sido profusamente citada y estudiada en revistas y libros. Entre éstos es fundamental el del mexicano Ermilo Abreu Gómez. El último publicado es el del español Jesús Juan Garcés (Madrid, 1953).

La última poesía y la fama póstuma

"El nombre de la Monja Mexicana y la memoria de su labor artística y científica tendrán siempre merecido puesto en la Historia Literaria de México y España, como gloria común de mexicanos y españoles."—ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL.

Con la muerte de Sor Juana Inés enmudeció la musa en el convento de San Jerónimo. El torno, tan movido por los encargos para ella mientras vivió, con las ansiosas preguntas por su estado cuando la enfermedad, tan lleno de gemidos y lamentaciones a su muerte, quedó silencioso y nostálgico de su nombre. Juntamente con los tres libros de rezos y con los instrumentos de penitencia y oración, estaba su última poesía. Un silencio augusto había sucedido a la madrugada cuajada de estrellas de su óbito. Pero allí estaba su palabra escrita por aquella mano finísima, símbolo mensajero de su noble inteligencia. Conservaba en este romance, que no se halló acabado, el "reconocimiento a las inimitables plumas de la Europa, que hicieron mayores sus obras con sus elogios". No sólo encontramos en él la forma

métrica hispanísima que ella tanto había cultivado, sino también los mismos pensares y sentires, la misma modestia, la misma gratitud para las ilustres personalidades que, desde España Madre principalmente, le hacían llegar a través del Atlántico y de todas las tierras ya hispanizadas de América, su admiración. Su estilo, como su métrica y pensar, se mantenía también como antes:

*¿Cuándo, númenes divinos,
dulcísimos cisnes, cuándo
merecieron mis descuidos
ocupar vuestros cuidados?
¿De dónde a mí tanto elogio?
¿De dónde a mí encomio tanto?
¿Tanto pudo la distancia
añadir a mi retrato?
¿De qué estatura me hacéis?
¿Qué coloso habéis labrado,
que desconoce la altura
del original lo bajo?*

.....

Y así continúa el romance en finezas hacia aquellas plumas que la aplaudían a ella que sólo había podido estudiar a ratos "mal hurtados" a sus ocupaciones. ¡Cómo no iba a recordar entonces su infancia, su educación inculta en las tierras de la serranía, su buena estrella para la fama que hacía "consono lo destemplado", su vergüenza porque al celebrarla hacían sus faltas más claras!

*Quando penetrar el Sol
intenta cuerpos opacos,
el que piensa beneficio
suele resultar agravio.*

¡Con qué sencillez y elegancia la Madre Juana Inés, ahora, en las proximidades de su ocaso, contemplaba los elogios que se le hacían y, como en el soneto a su retrato, los comparaba con la muerte!

*Honoríficos sepulcros
de cadáveres helados,
a mis conceptos sin alma
son vuestros encomios altos.*

*Elegantes panteones,
en quienes el jaspe y mármol
regia superflua custodia
son de polvo inanimado.*

.....

Y los elogios los hace volver a los elogiadores y aun hace una alusión a su sexo. Es esto, lo raro, lo extraordinario de que una mujer estudie y sea poetisa lo que hace a aquellos suponerle perfecciones. Recibir sus escritos con agrado, por ser de mujer, hubiera sido suficiente. Pero la alabanza — viene a decirles ella — ¿no es también cuestión de gusto? El llamado romance — en realidad estrofas de cuatro versos de arte menor formando cantar popular — tiene toda la forma y fondo propios a su musa. Y en este

último poema no podía faltar la alusión a sus cholitos mexicanos, a los “indios herbolarios de su patria”, los que derramaron “mágicas infusiones” para hechizar sus escritos. Modestia y humildad de religiosa y orgullo de su tierra mexicana. Sus últimos versos, estos versos escapados en los últimos años de miserias en la Nueva España entre sus penitencias y privaciones, mostraron que la dama que se salvó de la vorágine del siglo, de la mundanidad virreinal y que consagró todas sus ilusiones al servicio de Dios, mantuvo su incontenible ansia de convertirlo todo en poesía, de iluminarlo con la palabra poética hasta su misma muerte... ¿Acto de gratitud hacia los que la seguían animando con la palabra buena?

Sor Juana Inés pertenecía ya a la fama. “Única poetisa”, decía una edición madrileña. Gloria auténtica e indiscutible de la literatura hispana. Prestigio del mundo virreinal. Sabia y poetisa. Y a su muerte todos recordaron sus virtudes, su dulce carácter paciente, su bondadosa caridad con las hermanas del convento en la salud y en la enfermedad, con las gentes de los barrios vecinos en sus necesidades y desgracias, su sacrificio del saber y de la poesía para mejorar su vida espiritual, su contagio por cuidar con devoción y amor a las monjas atacadas, su dolorosa enfermedad llevada con tal resignación, su agonía ejemplarísima y su edificante muerte. Cuando las oraciones por su salud durante la enfermedad y cuando las campanas doblaron por su muerte, los que esperaban pacientemente para saber de la Madre Juana Inés unían a la palabra sabia la de santa. Santa y sabia y con el don magnífico de la poesía.

Podía ahora decirse que había hecho versos y que también se había santificado. Aun no hacía dos años de aquella petición de perdón por sus culpas cuando había escrito: "Yo la peor del mundo"... "la más indigna e ingrata criatura de cuantas crió vuestra Omnipotencia, y la más desconocida de cuantas creó vuestro amor". Ahora por las calles mexicanas, por las catedrales de México, de Antequera, de Puebla que habían escuchado sus villancicos, por las alquerías serranas de Chimalhuacán, por los locutorios de los conventos y en el propio palacio virreinal, como en los campos y barrios, como el de Montserrat con sus calles Verde y Chapitel, próximas al convento, Sor Juana Inés de la Cruz no era sólo una gran mujer sabia, era además una santa.

Todo México se había asociado a la pena de aquella pérdida. Las iglesias le dedicaron funerales; sus exequias fueron muy numerosas. En ellas intervenían y concurrían con todo sentimiento nobles y cholos. El bachiller Lorenzo González de Sancha las recopiló. El bachiller, hombre de su tiempo, dió a su colección un título barroco: "Exequias Mitológicas, Llantos Piérides, Coronación Apolínea en la Fama Póstuma de la singular poetisa". La mejor oración fúnebre se debió a don Carlos de Sigüenza y Góngora, sacerdote jesuíta y sabio catedrático de la Universidad de México. Otra antología de sus elogios se imprimió en Madrid por D. Juan de Castorena y Ursúa. Casi medio centenar de escritores colaboraron. Entre los nombres de muy nobles personajes figuraba el conde de Galve, bajo cuyo gobierno murió Sor Juana Inés de la Cruz y que, pocos meses des-

pués de ella morir, sería substituído por el arzobispo don Manuel Fernández de la Cruz el que, todavía obispo de Puebla, con el nombre de Sor Filotea había dirigido su famosa carta a Sor Juana Inés. Voces femeninas muy ilustres se unieron también a la alabanza de la famosa religiosa profesa del convento de San Jerónimo de la ciudad imperial de México. Fué la primera gran escritora del mundo hispanoamericano y la virtud acompañó su sabiduría y su inspiración poética.



2277



2277

INDICE

	<u>Págs.</u>
I.— Confesada y confesor	5
II.— La niña Juana de Asbaje en una alquería de la Nueva España	15
III.— Una hermosa adolescente en la corte virreinal	24
IV.— El convento jerónimo	38
V.— La Monja de México	53
VI.— La monja enamorada de la sabiduría	61
VII.— La Décima Musa de México	69
VIII.— El teatro de Sor Juana Inés de la Cruz	93
IX.— Crisis de una vida	109
X.— Sacrificio y renunciación de religiosa	128
XI.— Años calamitosos y muerte ejemplar de Sor Juana Inés de la Cruz	138
XII.— La última poesía y la fama póstuma	144



51220 / MEN / \$3.50

2277



2277



